

CARMEN MARTÍN GAITE *Cuadernos de todo*

«Carmen Martín Gaité, en estas páginas, arraiga en la tradición de una literatura sin inocencia, que es, a la vez que narración, reflexión sobre el acto de narrar, y en la que el autor resuelve los dilemas de su vida a través de los textos que escribe, en el camino que abrieron a principios de siglo Proust y Joyce, que luego han continuado tantos escritores.

»El voluntarioso propósito de rescate del tiempo como proyecto literario se repite obsesivamente en los cuadernos. El lector que se adentra en ellos descubre cómo, año tras año, vuelven las mismas dudas, el mismo afán por fijar lo que es pasajero, y la sensación de que lo que no queda escrito no ha existido; de que el día en que la escritora no se ha asomado a los cuadernos ha sido un día perdido, hasta el punto de que se diría que el tema central del conjunto es precisamente el propio esfuerzo de la escritura; que la historia que pretende contarnos es la de un continuado intento.»

*Del prólogo de RAFAEL CHIRIBES*

PVP E

ISBN 84-9759-997-7



9 788497 599979

www.debolsillo.com

CARMEN MARTÍN GAITE

CUADERNOS DE TODO

369

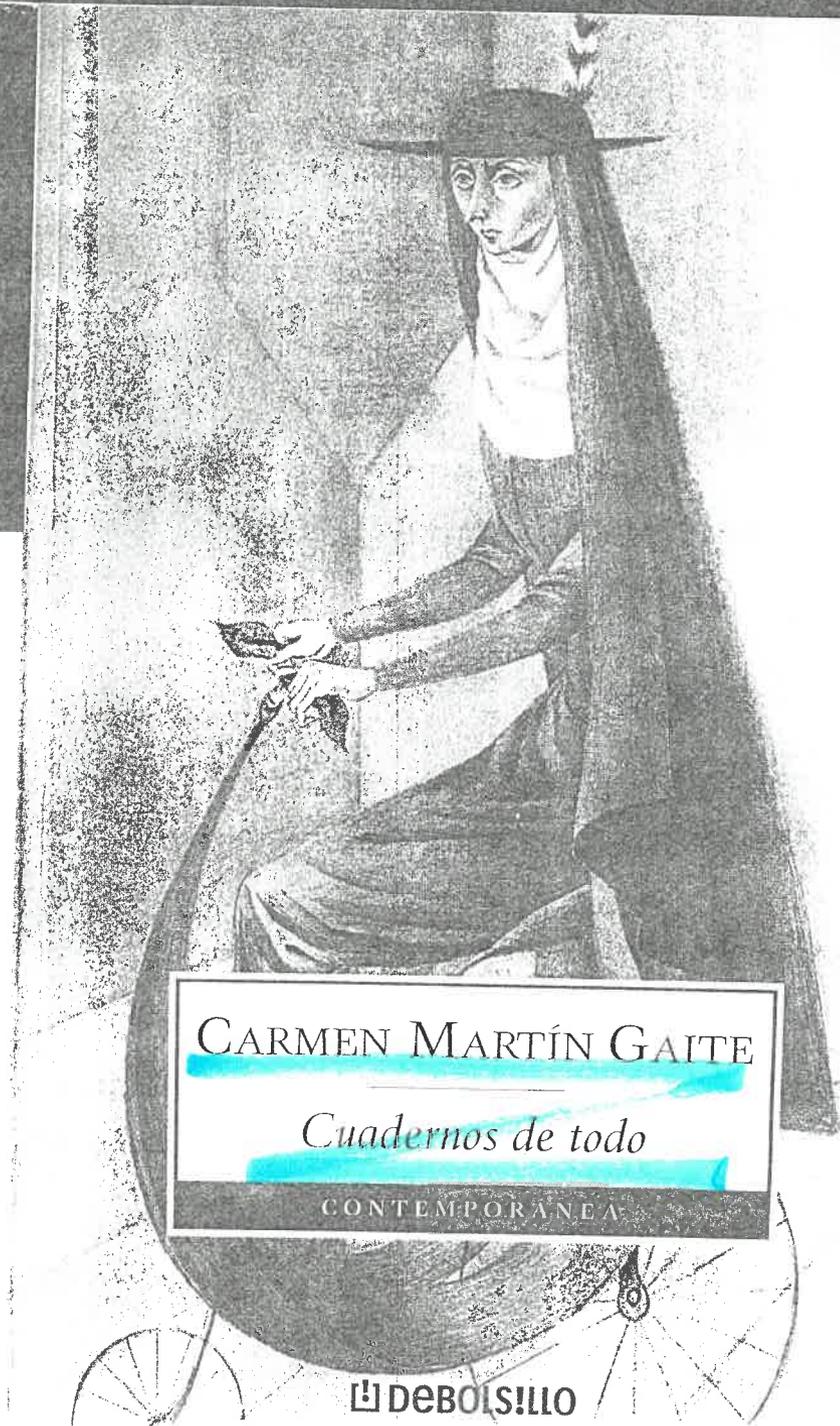


CARMEN MARTÍN GAITE

*Cuadernos de todo*

CONTEMPORÁNEA

DEBOLSILLO



**Carmen Martín Gaité** (Salamanca, 1925-Madrid, 2000) se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de su ciudad natal y se doctoró en la de Madrid con una tesis que veía la luz con el título *Usos amorosos del siglo XVIII en España*. Sin embargo, desde muchos años antes era ya conocida por sus novelas *En el balneario* (Premio Café Gijón), *Entre visillos* (Premio Nadal) y *Ritmo lento* (finalista del Premio Biblioteca Breve), a las que seguirían, entre otras, *Retahilas*, *Fragmentos de interior*, *El cuarto de atrás* (Premio Nacional de Literatura), *Caperucita en Manhattan*, *Nubosidad variable*, *La Reina de las Nieves*, *Lo raro es vivir* e *Irse de casa*. Publicó también diversos ensayos, narraciones infantiles, relatos, poesía y numerosas traducciones. Su trayectoria se vio reconocida con los premios Castilla y León de las Letras (1992), Nacional de las Letras (1994) y Príncipe de Asturias de las Letras (1998).

CARMEN MARTÍN GAITE

*Cuadernos de todo*

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Ilustración de la portada: *Monja en bicicleta* (c 1961), de Remedios Varo. Colección del Banco Nacional de México. Derechos reservados

Primera edición: noviembre, 2003

© 2002, Ana de los Prados

© 2002, María Vittoria Calvi, por la introducción

© 2002, Rafael Chirbes, por el prólogo

© 2002, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9759-997-7

Depósito legal: B. 42.729 - 2003

Fotocomposición: Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Novoprint, S. A.

Energía, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 8 9 9 9 7 7

## Nota de los editores

La edición de este libro nunca hubiera sido posible sin el esfuerzo personal, la dedicación, los conocimientos, el impulso y la inteligencia y acierto en sus criterios de Ana Martín Gaité, quien ha revisado con suma atención y generosidad los textos y puesto a disposición de los editores los materiales complementarios, participando además y muy activamente durante el largo y arduo proceso de edición. Quede aquí constancia de nuestro agradecimiento.

## Introducción

Cuando Ana María Martín Gaité me pidió que me hiciera cargo de la edición de los *Cuadernos de todo* de su hermana Carmèn, acepté con un entusiasmo no exento de inquietud: los cuadernos tantas veces citados en obras como *El cuento de nunca acabar* o en prólogos y notas liminares, los cuadernos que, como bien saben los lectores de Carmen Martín Gaité, constituyen la trastienda de su obra narrativa, estaban ahí, con sus tapas de diferentes colores y sus infinitas páginas repletas de palabras, apuntes y garabatos, los podía tocar y hojear, y me llamaban hacia un laberinto en el que, intuí, no sería nada fácil encontrar la salida. ¿Cómo ordenar un material que, por su misma definición, se escapa a todo intento de clasificación? ¿Cómo trasladar al papel impreso un texto en el que hasta el paso del bolígrafo a la estilográfica puede ser significativo? ¿Cómo permitir, en definitiva, el acceso a un discurso caótico y fragmentado, sin desvirtuar su naturaleza? Me pareció una empresa imposible, que nunca sería capaz de acometer; pero me animaba el firme propósito de Anita y la confianza que ella tenía en mí. Y, por de pronto, vi con claridad que sólo dentro de la propia obra de Carmen Martín Gaité podría encontrar el hilo para salir del atolladero.

Los *Cuadernos de todo* mantienen una estrecha relación con *El cuento de nunca acabar*. En el quinto Prólogo de la obra, que lleva como título «Mis cuadernos de todo», la autora cuenta el origen familiar de esta afortunada denominación,

que apuntó por primera vez su hija Marta, con su letra incierta de niña, al regalarle un cuaderno para su cumpleaños, dándole así permiso para «meterlo todo desordenado y revuelto». La expresión configura una modalidad narrativa, libre de toda estructura preconcebida, libre de «letreros» y confines, que permite vislumbrar «la relación que tienen entre sí todos los asuntos», además del «carácter relativo y provisional de aquello mismo que iba dejando anotado».<sup>1</sup> Un hallazgo que influenciaría toda la producción de la autora, la búsqueda de su voz narrativa más auténtica. También explica Carmen Martín Gaité cómo en estos cuadernos ha ido apuntando referencias a los acontecimientos, los sitios, las personas y los recuerdos que componen el fluir de lo cotidiano, y además «el otro fluir paralelo y más abstracto de mis comentarios a lecturas y mis notas sobre la narración, el amor y la mentira», tomadas sin propósito académico, sino respetando «su derecho de bajar a revolcarse en la yerba y fragmentarse contra las esquinas de la calle» (pp. 46-47).

Los *Cuadernos de todo* proporcionaron la materia prima para la redacción de *El cuento de nunca acabar*, lo cual explica la dificultad de su elaboración, como la autora confiesa en el capítulo «Ruptura de relaciones»: «el verdadero argumento del cuento de nunca acabar, lo que me enamoró de él, era la dificultad misma de abarcarlo, de darle forma» (p. 266). En el mismo capítulo, aclara cómo los viejos apuntes se fueron convirtiendo en un cuento elaborado, redactado con gran esmero y voluntad de estilo. La primera etapa de este proceso consistió en copiar fragmentos, ordenándolos por temas y pegándolos en cuadernos grandes: «posiblemente en ellos», escribe Carmen Martín Gaité, «está el verdadero y genuino esbozo del cuento de nunca acabar, pero yo me resistía a dárselos así a ningún editor» (p. 267). Estas palabras me parecieron reveladoras: al releerlas, comprendí que sólo en su desorden originario, en la caprichosa sucesión de materiales diversos,

1. Carmen Martín Gaité, *El cuento de nunca acabar*, Barcelona, Destino, 1985, p. 46. A esta edición se refieren todas las citas de este texto.

estaba la clave de los *Cuadernos de todo*, y sólo así se tendrían que entregar al editor. Había que atreverse, para que los lectores de Carmen Martín Gaité pudieran tener entre las manos el más genuino esbozo de su obra; aun a costa de incluir materiales ya en parte utilizados, porque éstos, juntándose con otros, vienen a formar otro cuento, más íntimo, en el que la vida se va transmutando en literatura.

A estas alturas, los lectores se preguntarán si, en el fondo, los *Cuadernos de todo* se pueden considerar como un diario. No es una pregunta fácil de contestar. La misma Carmen Martín Gaité era consciente de la dificultad que entraña este tipo de escritura, como se lee en el Cuaderno 25: «Los diarios se escriben siempre para alguien. Se da importancia a lo cotidiano. Pero hay que seleccionar, lo importante son las conexiones significativas. Hay cosas eternas, aunque no las apuntes y otras que aun apuntadas no son nada. [...] Con los diarios empiezan los problemas del cuento de nunca acabar. Poner las fechas en fila ¿no será una falacia? No se posará y se ordenará a su modo lo que se vaya a convertir en literatura. Pero lo que más cuesta al principio es renunciar, podar, dejar de ser notario de cuanto los ojos ven» (p. 503). En otro lugar, deja anotado que, a veces, los mismos *Cuadernos de todo* «parecen un arsenal de vida disecada», pero que, al mismo tiempo, «la narración es una exigencia. Si no cuentas las cosas, forman monotonías. Es como entrar en un cuarto donde todo está patas arriba y empezar a doblar historias y meterlas en sus estantes correspondientes, luego ya se puede respirar y el ocio de tomar el sol en una butaca es armonioso, no ácido» (p. 227); y en otro cuaderno, denuncia la insuficiencia del diario como tal: «Ya hace años que me barrunté la falacia de los diarios concebidos como un reflejo más o menos fiel del encadenamiento temporal con que se sucedieron los hechos que registran» (p. 629).

La escritura, por lo tanto, mana de la necesidad de ordenar lo cotidiano, y se fundamenta en la capacidad de ver y reconocer las conexiones significativas entre los acontecimientos. Creo que los *Cuadernos de todo* se pueden definir como diarios

en libertad, que no se proponen registrar día a día las cosas de la vida, pero que no descartan la referencia cronológica; es más, todo es diario, no sólo el relato de sucesos personales sino también la redacción de un capítulo para una novela o la lectura de un libro: en pocos escritores la relación entre vida y literatura es tan intensa como en Carmen Martín Gaité.

Muchas de sus obras nos permiten asomarnos al «taller del escritor» o a su vida privada, sin que la autora se haya propuesto nunca escribir una autobiografía. Aparte de *El cuento de nunca acabar* y los fragmentos genuinamente autobiográficos recogidos en *Agua pasada* («Bosquejo autobiográfico» y «Retahíla con nieve en Nueva York»), Carmen Martín Gaité nos ha informado siempre con precisión sobre la redacción de sus obras, y ha ido sembrando sus escritos de numerosas referencias personales. En los *Cuadernos de todo*, como es comprensible, aflora una vertiente más íntima y espontánea, y la escritura resulta más directa, a veces muy rápida, escueta, impresionista; sin que la escritora abandone nunca la voluntad de elaboración, de poner distancias, de contarse a sí misma su propia vida como si fuera literatura.

\* \* \*

Quisiera ahora enfocar más de cerca el copioso material recogido en la presente edición. En primer lugar, los *Cuadernos de todo* registran el murmullo del vivir cotidiano: encuentros, personas, emociones, sueños, paisajes y atardeceres vistos desde ventanas y ventanillas. Buena parte de estos apuntes están escritos en trenes y autobuses, en casa de amigos o en la mesita de algún bar; Carmen Martín Gaité siempre llevaba consigo un cuaderno, iba con la antena puesta «versus radio vida» (p. 577), dispuesta a pasar al papel el espectáculo que sus ojos contemplaban. En los cuadernos queda al descubierto su geografía narrativa, es decir el escenario que propicia la escritura, el espacio físico —ya sea éste la biblioteca del Ateneo, las calles madrileñas o los rascacielos de Manhattan— que desencadena la reflexión.

Por el contrario, son raros los ejemplos que Carmen Martín Gaité define como narración egocéntrica, quejumbrosa, que consiste en avasallar al interlocutor: aun escribiendo para sí misma, procura evitar el desahogo impetuoso, tratando más bien de enfocar sus conflictos desde fuera. Incluso cuando sufre el asalto de «los demonios» y se debate entre el deseo de libertad y las ataduras, sintiéndose incapaz de ver la vida como espectáculo, trata de «darse ánimos a solas», con discreción y mesura. Por esto nos asomamos a su intimidad sin sentirnos incómodos, porque reconocemos su voz y la fuerza de su temple; aunque lo hagamos, eso sí, por una puerta trasera, desde la cual vemos desfilar lugares y personas queridas. Esta geografía narrativa ilumina de repente retazos de vida, concede hallazgos deslumbrantes y relámpagos de intimidad; la autora nos lleva de la mano a explorar su mundo, regalándonos páginas intensas y a veces sobrecogedoras.

Otro apartado muy importante lo constituyen las reflexiones y comentarios que eslabonan el diálogo con el texto ajeno. Carmen Martín Gaité ha sido una lectora voraz, tanto de obras de ficción como de ensayo: una pasión de la que da fe toda su obra, pero que aquí apreciamos en la frescura de su primera aparición. Ella misma nos lo explica en el Cuaderno 12: «Mis cuadernos de todo surgieron cuando me vi en la necesidad de trasladar al papel los diálogos internos que mantenía con los autores de los libros que leía, o sea convertir aquella conversación en sordina en algo que realmente se produjera. Los libros te disparan a pensar. Debían tener hojas en blanco entre medias para que el diálogo se hiciera más vivo» (p. 264). La lectura se combina con un ejercicio placentero, el de copiar fragmentos del texto: «Me veo obligada a ver escritas con mi letra en un cuaderno las frases del libro, cosa que sólo se parece al placer preparatorio de los collages. Lo hago verdad, lo hago mío, con sus añadidos y tachaduras» (p. 638). A menudo los comentarios desencadenan recuerdos personales o se amplían en prolongadas reflexiones, hasta que se borran las fronteras entre lo personal y lo ajeno; sólo podemos columbrar el hilo que relaciona lo uno con lo otro.

Los fragmentos aquí incluidos permiten reconstruir sólo en una mínima parte la bibliografía de las lecturas de Carmen Martín Gaité, pero dan cuenta de la variedad y amplitud de sus intereses, de su extraordinaria capacidad de asimilación y fina sensibilidad crítica.

En los *Cuadernos de todo* se encuentran también trozos de obras de creación: apuntes, primeras versiones de capítulos, hipótesis luego descartadas o ampliadas, etc. Encontrar estos párrafos en el lugar que corresponde a su primera redacción permite seguir paso a paso la trayectoria de su creación, ver cómo se van ramificando las ideas iniciales, cómo se relacionan con otras lecturas o acontecimientos. Es emocionante, por ejemplo, comprobar que el cuaderno con las tapas rojas descrito por el protagonista de *Pesquisa personal*, novela que confluiría en *La Reina de las Nieves*, es el mismo en el que escribe la autora. Pero no faltan tampoco fragmentos de obras inéditas, entre las que sobresale *Cuenta pendiente*, texto autobiográfico sin terminar, en cuyas páginas Carmen Martín Gaité ha dejado un retrato entrañable de sus padres.

Asimismo hay que destacar la presencia de largas y profundas reflexiones sobre temas diversos, como por ejemplo la condición femenina, el amor y la narración, motivadas a veces por algún acontecimiento externo, o simplemente introducidas por un título. Se trata de páginas escritas siempre con distanciamiento crítico y a menudo reelaboradas, posteriormente, para artículos u obras de ensayo; muchas de ellas concurren, por ejemplo, en la sección «Río revuelto» de *El cuento de nunca acabar*.

Por último, sobresale un ejercicio de amanuense, la copia de apuntes viejos, que se convierte en pretexto para ampliar la reflexión inicial. En el Cuaderno 13, por ejemplo, Carmen Martín Gaité «copia» algunos párrafos de sus tres primeros *Cuadernos de todo*: pero al confrontarlos con el original, descubrimos cómo de éste sólo se conserva alguna frase o breve párrafo, todo lo demás es nuevo. Se descubren así los resortes internos de un peculiar método de trabajo, se entiende por qué al leer a Carmen Martín Gaité tenemos siempre la sensa-

ción de movernos por un terreno conocido, del que sin embargo no se habían explorado todos los vericuetos.

Por lo que se refiere a la cronología, a pesar de la reiterada voluntad de no someterse a su esclavitud, las referencias al calendario son muy frecuentes, y se combinan a menudo con acotaciones escénicas, como cuando Carmen Martín Gaité nos dice que está «en el cuarto de Marta, haciéndole compañía porque está mala» (p. 271). Pero no todos los cuadernos son coherentes con su propia cronología: aparte el empleo casual de la parte de atrás, a menudo un cuaderno es inaugurado en una época determinada, luego se extravía en algún lugar perdido, y resucita al cabo del tiempo para emprender un nuevo camino; vicisitudes a veces puntualmente registradas, que sin embargo impiden una ordenación rigurosa de los materiales. Hay cuadernos cuya existencia se consume en pocos días, y otros que siguen vigentes durante años.

A pesar de estas dificultades, se puede reconstruir someramente la trayectoria de los *Cuadernos de todo*, y su vinculación con la biografía personal y literaria de la autora. Los primeros llevan un número: el 1, el 2, el 3 y el 4; pero este último ya plantea un problema, porque existen cuadernos anteriores: posiblemente, tras su inauguración, el cuaderno tuviera que esperar un tiempo antes de entrar en uso.

Los dos primeros, aparte la fecha de nacimiento del n.º 1, no contienen apenas referencias cronológicas; tampoco hay indicios de «geografía narrativa», predomina la reflexión y el comentario de lecturas: se nos revela una conciencia intranquila, en busca de autonomía, que se expresa mediante un tono combativo y sentencioso, en la línea de los artículos recogidos en *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*. Con el paso del tiempo, aflora el dato intimista, y el «cuaderno de todo» va perfeccionando la receta de su desorden. La producción se intensifica en la década de los setenta, a la que pertenecen los volúmenes de mayor extensión; sobresalen las indagaciones destinadas a confluír en *El cuento de nunca acabar* y se vislumbran numerosas obras de creación que serían desarrolladas mucho más tarde, como *La Reina de las Nieves*.

Se destaca el Cuaderno 13, que va desde 1974 a 1982, y es una especie de «cuaderno de limpio» en el que se registran los primeros hallazgos importantes para futuras novelas.

Hacia finales de los setenta, ocurren en la vida de Carmen Martín Gaité algunos importantes acontecimientos: la muerte de sus padres, en el otoño de 1978, y los viajes a Estados Unidos. La pérdida de los padres supone enfrentarse con una «cuenta pendiente» que será trasladada al papel, en reflexiones, sueños, añicos de autobiografía. Por otra parte, las largas estancias en los Estados Unidos permiten asomarse a un mundo nuevo, que ofrece escenarios inéditos para la reflexión. Estas experiencias se vuelcan en páginas de diario propiamente dichas, hasta confluir en la espléndida entrega de *El otoño de Poughkeepsie*, en la que alcanza su cima la modalidad autobiográfica más característica de los *Cuadernos de todo*, que consiste en contar lo cotidiano como algo excepcional, y aceptar con naturalidad lo maravilloso como si fuera cotidiano.

En este mismo año, 1985, la pérdida de su hija Marta, la inolvidable Torci que protagoniza muchas páginas de los *Cuadernos de todo*, marca una tremenda fractura en la biografía de Carmen Martín Gaité; el placentero ejercicio de la escritura sufre un alto, aunque a distancia de algunos años las semillas sembradas en infinitas páginas darán frutos cuantiosos.

Con pocas excepciones, los cuadernos posteriores contienen meros apuntes o «notas fugaces», como las que se recogen en la última sección de este libro; aunque Carmen Martín Gaité no abandonará nunca la costumbre de llevar consigo un cuaderno para apuntar «de todo» («murió abrazada a sus cuadernos», declaró su hermana Anita), la reflexión ya no discurre con el ritmo lento de las anteriores etapas.

### Criterios de selección y de edición

El criterio fundamental que ha orientado mi trabajo de edición ha sido el de ofrecer al lector los *Cuadernos de todo* en su desorden creativo, en la combinación de sus componentes:

diario íntimo, reflexión, crítica literaria y creación; pero ha sido indispensable una drástica selección.

Carmen Martín Gaité ha dejado unos ochenta cuadernos de apuntes –excluyendo, por supuesto, los manuscritos de sus obras publicadas–, de los cuales ha sido utilizada la mitad para la presente edición: no todos los cuadernos son, en rigor, *Cuadernos de todo*. He descartado los que no presentaban novedades con respecto a la producción conocida de la autora; por ejemplo, los numerosos cuadernos que recogen fichas y apuntes preparatorios de ensayos como *Desde la ventana* o *Usos amorosos de la postguerra*, de los que sin embargo el lector encontrará aquí alguna muestra.

En la transcripción de los cuadernos seleccionados, he omitido las largas recopilaciones de citas ajenas y los apuntes exentos de reflexiones personales; he incluido, en cambio, algunas variantes de obras publicadas, como se detalla en el capítulo correspondiente. Por último, he excluido unas pocas referencias ocasionales a la vida privada de otras personas.

A cada cuaderno he destinado un capítulo, con una breve introducción que da cuenta también de las peculiaridades físicas del original: color de las tapas, tamaño, extensión, etc.; sólo algunas veces he preferido acoplar materiales de cuadernos diferentes, pero de la misma época, como se aclara en cada caso. En las notas iniciales, he procurado sugerir la relación entre algunos fragmentos de los *Cuadernos de todo* y las obras publicadas; pero sin hacer explícita toda la red de asociaciones entre ésta y las otras obras de la autora: renunciando, como aconseja Carmen Martín Gaité, a abarcarlo todo, dejando que el lector experimente la emoción del hallazgo.

Los cuadernos están ordenados cronológicamente, a pesar de las dificultades ya señaladas. Me he basado generalmente en la primera fecha anotada, salvo algunas excepciones, como cuando los apuntes empiezan en una época sucesiva a la inauguración del cuaderno. En cuanto a las notas de la parte de atrás, cuando ha sido posible las he colocado en el lugar que les corresponde; pero quedan puntos oscuros, fragmentos imposibles de situar.

En la última sección del libro, se han reunido algunos fragmentos inéditos y una antología de notas fugaces, es decir breves apuntes procedentes de cuadernos no publicados por entero. Los inéditos, una comedia en un acto y dos fragmentos de otras inacabadas, han sido seleccionados de entre un grupo de cuadernos de los años cincuenta; anteriores, por lo tanto, al nacimiento de los *Cuadernos de todo*, pero aptos, por su carácter fragmentario, a ser acogidos en la presente edición. Quedan excluidos otros textos primerizos de mayor extensión, como *El libro de la fiebre*, escrito en 1949, tras una fiebre tifoidea, para rescatar imágenes de aquellos delirios, como recuerda la autora en el «Bosquejo autobiográfico» publicado en *Agua pasada*. Un texto poético y visionario, que no le gustaba a Carmiña, pero que aparece varias veces citado en las páginas de los *Cuadernos de todo*.

En la edición del texto, me he propuesto la plena fidelidad al original, aunque el paso del apunte manual al papel impreso exige indispensables cambios gráficos, como una idónea división en párrafos o el uso de asteriscos para marcar una interrupción o un cambio temático que, en el manuscrito, está señalado mediante un salto de página o una variación de caligrafía. Asimismo se han eliminado algunas mayúsculas y subrayados, y notas al margen no integradas en el flujo discursivo: elementos peculiares y hasta decorativos en el cuaderno, que sin embargo entorpecerían la lectura del texto impreso. Para recuperar, por lo menos en parte, la dimensión visual de las páginas, se ha incluido una galería de ilustraciones.

He respetado el orden de los materiales, las interrupciones y vueltas al tema; con la excepción ya apuntada de las páginas de atrás, que sin tener el cuaderno entre las manos el lector no sabría cómo situar. He corregido las pocas erratas y aclarado alguna abreviación o sigla, manteniendo, por lo demás, las particularidades de la escritura originaria. Hay que destacar, a pesar del desorden reinante en algunos *Cuadernos de todo* y las inevitables imprecisiones, el cuidado lingüístico que los caracteriza: hasta en la atención por la ortografía, tanto del español como de otras lenguas utilizadas en las citas, des-

cuella el gran respeto por la letra escrita que sentía Carmen Martín Gaité.

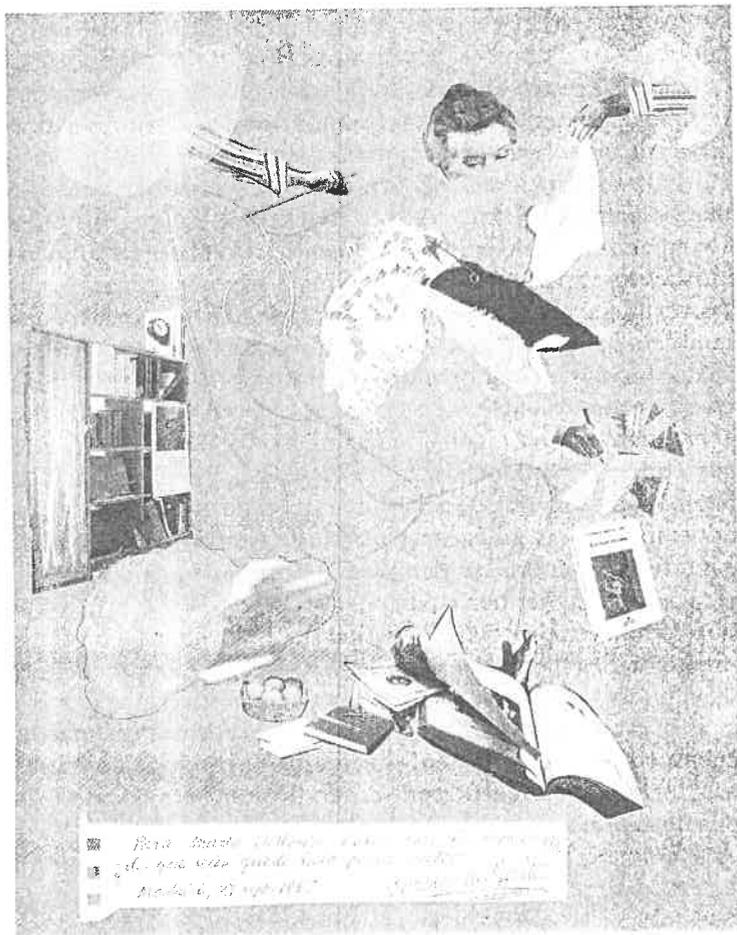
Las obras ajenas están citadas con el mismo esmero, pero las referencias bibliográficas a menudo son incompletas. A veces, para mayor claridad he añadido algunos de los datos que faltan, como el nombre del autor o el título; pero cabe advertir que no siempre ha sido posible establecer a ciencia cierta qué libro tenía la escritora entre las manos: a veces, se intuye la presencia de un texto que, sin embargo, no se cita.

La transcripción de los originales ha sido realizada, en su mayor parte, por Ángeles Solsona, el fiel escudero que ha acompañado durante años a Carmen Martín Gaité en sus actividades literarias: sin su ayuda, este volumen no habría podido ver la luz. Pero deseo recordar que en esta ingente tarea también han participado Michela Finassi Parolo y Nadia Matteoni, cuya colaboración me permitió poner en marcha este delicado trabajo.

Quiero expresar mi agradecimiento a todos los que con sus consejos han sostenido mi esfuerzo, y en particular a Santos Sanz Villanueva; pero tanto yo como todos los lectores debemos dar las gracias a Ana María Martín Gaité, quien, generosamente, nos ha brindado la posibilidad de compartir el legado de su hermana.

Voy a cerrar este prólogo citando, una vez más, un fragmento de *El cuento de nunca acabar*: «Luego, mientras seguía mi camino, mirando las nubes moradas, me acordaba de muchas más cosas y pensaba que todas forman parte del mismo cuento, de ese que solamente la muerte quiebra» (p. 278); gracias, Anita, por habernos permitido prolongar el cuento más allá de la muerte.

MARIA VITTORIA CALVI



## Prólogo

Carmen Martín Gaité:

«huyó lo que era firme, y solamente  
lo fugitivo permanece y dura»

FRANCISCO DE QUEVEDO

U nos meses después de la muerte de Carmen Martín Gaité, su hermana Ana María me telefoneó para decirme que estaba interesada en que leyese los cuadernos que la escritora había dejado inéditos. A ella, tal y como me explicó, le parecía que no sólo iluminaban el proceso de creación de algunas de sus obras publicadas y ayudaban a entender la relación que Carmen había mantenido con la literatura, eso que se llama «el taller del escritor», sino que además poseían una calidad que los hacía merecedores de ser leídos por sí mismos. A los pocos días, recibí en mi casa una caja de volumen notable que contenía varias decenas de cuadernos de distintos tamaños y formatos cubiertos con las anotaciones que Carmen había ido haciendo a lo largo de buena parte de su vida.

El inicio de la lectura estuvo marcado por la inevitable emoción de volver a encontrarme con la letra de una persona querida y cuya ausencia aún era demasiado reciente como para que me resignara a ella, sobre todo cuando esa persona había sido para mí, durante quince años, eso que a ella le gustaba llamar «un interlocutor», alguien que te escucha y a quien escuchas, una amiga que, en algunas ocasiones, se permitía el discreto papel de maestra.

Las miserias políticas, la deriva y volubilidad de las amistades más próximas, los libros que leíamos, las pasajeras serpientes editoriales que acababan por ser lagartijas, los proyectos que teníamos en la cabeza y los trabajos que emprendíamos

eran los temas de nuestras largas conversaciones, que la mayor parte de las veces se desarrollaban por teléfono y a horas más o menos intempestivas. Una mezcla de seriedad y corrosivo humor; de ironía y de vitalidad, que se sobreponían al poso de amargura que las experiencias de la vida dejan irremediablemente sobre quien se niega a cerrar los ojos, marcaban el tono de esas charlas que la muerte bruscamente interrumpió. Me habían quedado sus libros, a los que podía acercarme a voluntad para recuperar parte de esa presencia, y alguno de los cuales —me refiero, sobre todo, a *El cuento de nunca acabar*— forma parte de ese reducido número de aquellos a los que uno vuelve con provecho una y otra vez.

Pero la llegada a casa de los cuadernos escritos de su puño y letra, su materialidad sobre mi mesa de trabajo me hizo revivir a Carmen Martín Gaité como una presencia casi física, aún más tangible porque, como acostumbraba a hacer con casi todos los originales que escribía, también en este caso había ilustrado sus notas con dibujos hechos de su propia mano, con recortes y collages que ella misma componía: pequeñas iluminaciones que hacían que esa materialidad fuera más viva, más palpitante en las páginas que las yemas de mis dedos tocaban; con la inmediatez de esa presencia, crecía una melancólica sensación que era a la vez la de la cercanía y la de la pérdida. Sin embargo, debo decir que ese sentimiento de usurpada intimidad, de pudor al penetrar en un mundo que había sido sólo suyo, a medida que iba leyendo aquellos cuadernos y les buscaba un orden cronológico, un hilo que me permitiera leerlos como una historia (que es lo que ella pedía que se hiciera con sus textos), iba siendo sustituido por otro de orden más elevado, ya que no correspondía a la esfera de lo íntimo, sino que tenía que ver con el deslumbramiento ante la complejidad de un espacio de escritura en el que misteriosamente se daban la mano lo de más adentro y lo de fuera; lo más privado y lo público, como parece inevitable que ocurra en todo universo literario coherente.

Quizá la primera percepción fue de apabullamiento y tuvo que ver con la cantidad de material que los cuadernos

contienen: en ellos se percibe el tremendo esfuerzo de la autora, su constancia en la escritura, el complicado sistema de andamios que sostiene su obra al modo como los grandes edificios de Venecia se sostienen sobre miles de troncos de árboles enterrados en el barro. Leer estos escritos me permitía ver ese bosque enterrado sobre el que se levanta la obra de Carmen Martín Gaité: podía detectar los tanteos, los esfuerzos, las caídas y ascensiones de una gran escritora, de manera parecida a como los restauradores, gracias a las modernas técnicas, se permiten ver, bajo los grandes cuadros, los esbozos previos, las correcciones, los *pentimenti* del pintor.

Aunque también esa admiración se vio pronto corregida al alza, ya que no sólo eran meritorios los esfuerzos de la escritora, sino, muy especialmente, sus logros, puesto que la escritura que aparecía en esos *Cuadernos de todo* (así los había bautizado la propietaria) era, en multitud de ocasiones, de un nivel artístico superior: sólo muy esporádicamente se trataba de anotaciones hechas al desgaire, o de apuntes esquemáticos. Buena parte de los textos tenía un innegable aire de obra acabada: eran expresión de pensamientos complejos y largamente madurados antes de pasar al papel, donde tomaban forma con un riguroso sentido de orden y un primoroso trabajo de escritura, algo que se correspondía seguramente con el respeto a la palabra escrita que ella misma siempre había enunciado y cuya expresión puede el lector encontrar ya en las primeras líneas de la selección de estos *Cuadernos de todo* que, tan cuidadosa y acertadamente, ha llevado a cabo Maria Vittoria Calvi: «¡Qué respeto tengo por la letra escrita! Debe venirme de los años de estudiante, de aquella manía que me inculcaron de los “cuadernos de limpio”: no me atrevo a romper por los cerros de Úbeda hasta darle alguna forma definitiva a lo que quiero decir».

Mi sorpresa, pues, fue encontrarme con que se trataba en buena parte de una colección de «cuadernos de limpio», lejos de cualquier devaneo de escritura automática; son, por el contrario, textos muy coherentes en su lógica y cuidados en su forma literaria; cuadernos en los que se mezclan las notas pudorosamente autobiográficas, los comentarios y citas de li-

bros al hilo de su lectura, las reflexiones acerca del arte de escribir y de la experiencia propia sobre dicho arte, los fragmentos de obras que maduraban durante décadas antes de tomar forma definitiva (*La Reina de las Nieves*, que se publicó a mediados de los noventa, aparece ya como proyecto y en forma de anotaciones en cuadernos fechados en la década de los setenta), recuerdos de personas que formaron parte de su vida: una colección de textos que, por añadidura (y ese aspecto fue adquiriendo a medida que los leía una importancia decisiva), aporta datos insustituibles para valorar la complejidad de fuentes y preocupaciones de una escritora a la que su permanente posición lateral con respecto a los grupos de presión literarios y el sorprendente (por más que merecido) éxito de público y la arrolladora popularidad que consiguió en los últimos años de su vida, así como su afán por mantener pegado a tierra el punto de vista, han hecho creer a algunos que había levantado una obra de leve fuste intelectual o vagamente epigonal.

«La palabra es lo que fija.» «Narrar es, pues, conjurar el tiempo, abrigarse de él, de su intemperie.» «Mi enfermedad consiste en mi silencio.» «No hay duda de que lo que no voy escribiendo, por escribir se queda. Me quiero engañar, pensando vagamente que cada visión y experiencia me enriquece, y así me van lloviendo encima los días, cada uno de los cuales arrastra con sus gotas las gotas del anterior, sin que me esfuerce por investigar en qué aljibe se recoge toda esa agua o qué tierra fertiliza.» El voluntarioso propósito de rescate del tiempo como proyecto literario se repite obsesivamente en los cuadernos. El lector que se adentra en ellos descubre cómo, año tras año, vuelven las mismas dudas, el mismo afán por fijar lo que es pasajero, y la sensación de que lo que no queda escrito no ha existido; de que el día en que la escritora no se ha asomado a los cuadernos ha sido un día perdido, hasta el punto de que se diría que el tema central del conjunto es precisamente el propio esfuerzo de la escritura; que la historia que pretende contarnos es la de un continuado intento.

Carmen Martín Gaité, en estas páginas, arraiga en la tra-

dición de una literatura sin inocencia, que es, a la vez que narración, reflexión sobre el acto de narrar, y en la que el autor resuelve los dilemas de su vida a través de los textos que escribe, en el camino que abrieron a principios de siglo Proust y Joyce, que luego han continuado tantos escritores, y que, en el caso de la Gaité, se mantiene, sin embargo, lejos de cualquier tentación de autismo, porque —y así lo enuncia en distintos momentos— la narradora quiere ser sólo cristal a través del cual se mira el mundo de los demás; depósito de historias ajenas, diálogo de lo de dentro con lo de fuera, que exige, tanto o más que ser escuchado, escuchar: «Importan mis frutos, mi resultado como persona, no mi alma, que es estática, que caso de trascenderse hacia los demás se devora a sí misma: es intrascendente». «Pienso en lo de ser espectador y vivir, en lo que han sido para mí en la vida las historias de los otros, en cómo me las he sabido anexionar, incorporar a la mía, condicionando, cercando y hasta incluso creando la mía que sin ellas no habría tenido ni sangre ni color.»

Las fuentes y lecturas que estos cuadernos revelan son de muy variada índole, e incluyen textos de sociología e historia (fieles sismógrafos de su pasión por lo de fuera); o de teoría literaria, como es lógico en alguien tan preocupada por el papel de la escritura; incluyen también, y sobre todo, reflexiones acerca de las novelas que lee y le interesan, incluida la novela de género y la sentimental (de su papel como excelente lectora de novelas ajenas dan buena cuenta los textos que publicó en *Diario 16*); pero permítaseme que, a la hora de buscar las raíces de su obra, llame la atención sobre tres espacios literarios que me parecen decisivos para entender la espina dorsal de su empeño, y que estos imprescindibles cuadernos permiten reconstruir de un modo luminoso.

Del mundo trovadoresco sale el hilo temático más constante en la obra de Carmen Martín Gaité. Del *roman courtois*, de las *cantigas de amigo* surge la idea de que el amor es sólo un código narrativo, una variable forma de contarse historias: cada tiempo las cuenta de una manera. La seducción, que es la única verdad del amor, no es más que esa historia de cada

tiempo bien contada. «En literatura, lo que está bien contado es lo que vale, lo que es verdad», dirá en un momento de estos cuadernos y repetirá en sus libros de ensayos. Como modelos para armar de su reflexión acerca del contexto del amor cortés surgen no sólo los proyectos acerca de los usos amorosos en el siglo XVIII o en la posguerra española, sino también *El cuento de nunca acabar* y la práctica totalidad de sus novelas, en especial *Retahílas* o *El cuarto de atrás* (particularmente iluminadora resulta la experiencia de volver a leer *El cuarto de atrás* después de haber leído los *Cuadernos de todo: uno y otros* se dirían páginas del mismo libro). Por cierto, que, en ese espacio de resonancia platónica, el sexo es un accidental descenso a la oscuridad «al mundo de los demonios, a la casa de las brujas de la feria, en la que ya otras veces se ha entrado. Delirios, cosas que no se apresan ni dejan enseñanza tras de sí, ni claridad ni nada».

Del barroco español, toma Carmen Martín Gaité su afán moral: el correr tras la verdad, el loco propósito de descubrir lo que hay de verdad bajo el engaño de lo aparente, la verdad duradera (es la literatura) que late bajo la pasajera noticia, bajo la trivialidad de la comunicación informativa y falta de sustancia. La escritura es la búsqueda de lo que late bajo el caparazón: una búsqueda tozuda, a la vez estímulo y raíz de un lúcido pesimismo (debajo no hay nada, como bajo la colorida cáscara barroca está la descarnación de la muerte), un pesimismo enérgico dado que pone en marcha el motor de la voluntad. Se apresura el instante, porque se sabe que la única verdad que existe es la que se sigue buscando. La verdad es la propia búsqueda. De modo que la «mentira en el amor sería, en cierta manera, mantener verdad esforzadamente, casar a contrapelo con la versión del principio lo que no tiene más remedio que ir cambiando», una definición que le sirve a Carmen Martín Gaité como anillo al dedo para definir la inmutable institución del matrimonio como tumba del amor.

Podría decirse que el hilo de la mística –tercer universo literario de Martín Gaité– es el que sostiene los otros dos; la

mística, no como experiencia religiosa, sino como posición ante el conocimiento; como puesto en el que se refugia el cazador para cobrar su presa. De la mística, aprendió Carmen Martín Gaité una curiosa forma de ensimismamiento, un modo de estar consigo misma que era el que le permitía estar fructíferamente con los demás: se está, siendo quien se es (y se es nada, puro intento, puro forcejeo por ser), y sin dejarse llevar por el oleaje de las modas, de los lugares comunes, de lo que se sabe porque sí, a priori, y no porque uno se ha preguntado: las odiosas verdades ya encontradas, las momificadas mentiras de uso común. «No dejarse alcanzar por el infierno de los otros.» «Es todo quedarse quieta, no agitarse, estar en-sí, si me estoy quieta sirvo, si me agito no sirvo a nadie.» Paradójicamente, el legado místico de búsqueda interior marcó su actividad pública, expresada con un raro pudor que, en múltiples ocasiones, rozaba con la calculada distancia y los expresivos silencios.

Una difícil y voluntaria posición de excentricidad permitió a Carmen Martín Gaité mirar de modo original los problemas de su tiempo, las modas literarias, los consensos políticos, los usos cotidianos; desde ahí, desde ese incómodo lugar, analiza la posición de la mujer en un mundo convulso: lo hará a veces con una crueldad lacerante, lo que le creará fricciones con los grupos feministas; como podrá mirar con lucidez los avatares a veces contradictorios y hasta patéticos de sus compañeros de generación en apariencia más comprometidos con lo público, pero sometidos a los cambiantes dictados de verdades tan firmes como pasajeras: «Todos los desarraigados que me influyeron en épocas distintas se arraigan. Dejaron su inquietud en mí y ellos se dedicaron a lo más cómodo».

Ese saber «no estar», el estar por ausencia permanente; ese no proclamar, ni siquiera acusar, concede a su escritura y a su persona (ya hemos dicho que es uno de esos casos en los que una y otra cosa vienen a ser la misma) una extraña altivez, una molesta ajenez a ras de suelo, que mira desde arriba al moralista que finge ternura con el lector para sedu-

cirlo con trucos baratos; pero que también se permite mirar desde abajo en dirección a una élite intelectual que ha buscado su propio encumbramiento a base de imponerle al lector una despótica y difícil relación con sus obras, en el filo de la impostación cuando no de la impostura. Dice en una de las anotaciones en las que rompe el pudor característico de su escritura, el significativo silencio que tantas veces exhibió: «lo que menos te perdonan es que te quedes fuera sin atacarlos, sin hacer tampoco profesión de quedarte fuera ni levantar bandera de *outsider*, sino por verdadera vocación, por atención a las narraciones que se producen en la calle, al aire, a lo Aldecoa, por terror a lo monocorde, a lo embalsamado, no por odio a la sociabilidad, sino por amor a ella».

«Soy y me siento muy libre y esa libertad la he pagado muy cara. Es la única contribución que puedo ofrecerle al mundo», escribe Carmen Martín Gaité en algún lugar de este dietario. Sus palabras, no tienen un tono quejumbroso, sino que transmiten la orgullosa altivez de quien sabe que sólo desde ese elevado precio puede construirse el lenguaje que se sobrepone a lo ya dicho, y, en esa construcción, el trabajo bien hecho se convierte en imprescindible vehículo para el rescate de las palabras e ideas, en estímulo de percepción: la única fórmula para reemprender el diálogo con el anhelado interlocutor. No es pequeña contribución para un tiempo de tópicos carentes de sustancia.

RAFAEL CHIRBES  
Beniarbeig, 16 de julio de 2002

## CUADERNO 1



Muchos lectores de Carmen Martín Gaité recordarán la descripción del Cuaderno de todo n.º 1, consignada en el quinto Prólogo de *El cuento de nunca acabar*: «un bloc de anillas cuadrado, con las tapas color garbanzo, y en el extremo inferior derecho la marca, Lecsá, entre dos estrellitas, encima del número 1.050, todo en dorado». Su hija Marta, al regalárselo en el día de su cumpleaños (8 de diciembre de 1961), había puesto una dedicatoria en la primera hoja, con las palabras «Calila Martín Gaité» (como la niña llamaba cariñosamente a su madre) y debajo «Cuaderno de todo». El fundador de la dinastía contiene abundante material de reflexión sobre las relaciones humanas, la condición femenina y la vida de la época; se encuentran también algunas citas y comentarios de lecturas de Ortega y Gasset, Bertrand Russell, Karl Kerényi, Fustel de Coulanges y Thorstein Veblen. Además de la fecha inicial, sólo aparece otra, 10 de abril de 1962.

3) comuna. Ninguna tiene que ver con el homenaje que le dedicamos ahora, con el adiós a la abuela. Es una ceremonia, no te distraigas. Una misa... «luego compraré pasteles». ¡No!

Hay que estar en lo que se celebra, en las celebraciones. Por eso las ceremonias se están volviendo vacías, se ha perdido el gusto por ellas. (Contar la misa cantada de Oca.)

A partir de la catástrofe se empieza a registrar, no a revivir. Se lleva ya espíritu de pesquisa, y querrías, a esa luz (llegas a querer), encenagarlo todo, no salvar ni siquiera lo que es obvio que resplandece y resplandecerá siempre con luz propia.

### Viejo retal:

...y mientras que nos dure esa certeza que sólo da el amor, por muy gran desarraigo que azote a esa persona, por mucho que la sientan los demás perdida en laberintos, nuestro velar por ella la mantiene en identidad, en vida, aun cuando ella misma llegase a ignorarlo; ése es el talismán contra su total descomposición. Solamente nos perdemos del todo cuando ya nadie queda que guarde nuestra imagen; por eso duele volver a encontrar a un amigo que se ha desentendido de ti, porque notas que al amputarse la relación te quitan un puntal más, una serie de referencias que te conciernen y que él ha tirado por inservibles a la basura; células muertas de un tejido cada día más difícil de revitalizar. Tu padre tiene a Harry todavía; tiene a Harry y a Juana que yo sepa, un sabio y una bruja de función tan dispar y tan complementaria no son malos guardianes de memoria, otros andamos peor apuntalados.

23 de marzo de 1974, domingo

Hay a veces como un rechazo de todo el cuerpo ante la medicina de los libros. A lo largo de toda la tarde de ayer sábado lo sentí. Me empeñaba en buscar una y otra vez en el listín nombres cuya historia, recuerdo y calidad, en alguna medida,

de *fantômes* añadían mayor desasosiego a mi situación neurótica de encierro, nada de lo que me figuraba que podía hacer o buscar en la calle me atraía y, aun así, me emperraba en darle vueltas e imaginar ese sucedáneo de dicha fuera de las paredes de mi cuarto. Pasé cuatro o cinco horas aguantando a pie quieto como un endemoniado, sola, porque Marta no estaba. Las mañanas de domingo si te despiertas pronto y te pones al hilo —estoy con lo del Ateneo— son en cambio hospitalarias, esperanzadoras. Yo de chica en Salamanca le encontraba este mismo incentivo a la noche; era decir «es de noche, la gente duerme y yo velo». Ahora pienso que la gente duerme en esta mañana silenciosa y nublada, mientras yo trabajo, que a cualquier teléfono que llamara me contestarían voces soñolientas y eso me anima y me levanta.

28 de abril  
Palazuelo empalme

Veo un guardia civil, montado en el tren que va a Salamanca, a través de la lluvia, a través de las vidrieras de este bar adonde Anita me ha traído, después de recoger yo la segunda tanda de flores moradas y de brindar por los ochenta y ocho años de papá con Victoriano. ¡Ya se va el tren! V. V. me llamó la atención, antes de proponer lo del brindis por su mujer —peinada de peluquería— porque esta visión me había hecho pensar en la posible incorporación a *Pesquisa personal* de este tramo de vida cotidiana que supone el menester de ir las mujeres a peluquerías. He pensado que el personaje de P. P. podría en un momento determinado, al estar esperando la vuelta de la peluquería de su mujer, revivir de pronto este vislumbre que había tenido —a través de sueños o como sea— de esta maravilla de un pelo «lleno de hebras y de hierba» despeinado al viento.

La mujer, al volver de la peluquería, pone cara y sonrisa de peluquería, de mujer objeto condicionada por este adorno. Realzar su decepción, su aburrimiento al verse condena-

do, como única opción, a esperar la noche dado que ni siquiera para empujarla a un sembrado tiene ya arrestos, cosa que, aunque falaz, habría sido excitante. Describir la trayectoria amañada de su conato, de enderezar toda una conversación interesante –para no darse por vencido– pero con interlocutor inexistente, hasta la llegada de la noche.

Por otra parte el protagonista de P. P. se va dando cuenta –a través de las falaces evidencias– que él es feminista, y protege a la mujer, lo cual es aún más despistante, porque padece la tiranía a que esta misma mujer le somete y piensa: «¿Aquella otra de los sueños qué me decía, en qué consistía la diferencia?». Efectivamente, ha contribuido a que el niño se duerma, a que sea feliz la mujer, pero ambos están empobreciendo sus respectivas neuronas pagando tributo a una sociedad que los va anestesiando, englutiendo. Droga = anestesia. Quien la toma es porque no se atreve a soñar con posturas extremas ni a inventar nada.

Leyendo *Alicia a través del espejo* pienso que puedo meter en *Pesquisa personal* algo de *El libro de la fiebre*, por ejemplo cuando me encontré a la abuela en el jardín botánico, algo de aquello en que según escribía, caminaba o cambiaba de casilla (el papel era la representación y me metía en el circo donde yo lo era todo). Anita me ha dicho que la noche pasada en Jarandilla he estado hablando en alto sin parar. Soñaba que Marta se me perdía en una estación donde estaban también los niños de Moreno Galván, y yo por un laberinto de escolares y excursionistas sin encontrarla. Luego, ya con los ojos abiertos, veía los cuervos metiéndose y saliendo por la ranura de una almena y yo pensaba que aquellos cuervos eran –son– las obsesiones que tan pronto se posesionan de nuestras vísceras y nos obnubilan desde dentro la visión del mundo.

### Notas sobre el ambiente

No soportan los practicantes de esta nueva religión de nuestros días –la búsqueda de ambiente– descubrir en los demás

un frenesí parecido. El frenesí personal no tiene más sentido que el ser exponente de una actitud que se considera límite. La afirmación de este estado mediante una especie de consenso admirativo venido del exterior sería lo único que gratificaría al individuo y no en manera ninguna el ver repetida su mueca en espejos que instantáneamente se le hacen hostiles. Sitio era yo quien lo buscaba; ojos que me mirasen tenían que ser los tuyos. Nadie mira y todos esperan ser mirados.

26 de julio

### Para Retahílas

El primer amor en el matrimonio ¡qué miedo a ser vista como esposa! y lo hablábamos, pero ésa era la anestesia contra la ruina que se infiltraba, yo no las tenía todas conmigo. La primera riña. Un miedo compulsivo a comparar. No me dejaba vivir. Componía la figura.

6 de agosto. En el tren

Un poco más allá de S. Pedro de las Henurias vi salir un cierto y perderse en la espesura. Iba yo pensando en los lugares madre en Galicia, en mi vuelta a Salamanca, en la recuperación de los lugares perdidos. Han estado en la estación Eduardo, Pablo y Rafael. Voy pensando en las cartas que voy a escribirles a todos.

Lo sagrado y lo profano. ¿Por qué lo cósmico puede también dar miedo, rechazar? Cf. mi cuarto azul. Las raíces son, por otra parte, la muerte. Pero debo recordar mi sueño del Boalo. «Entre mi silla y mi mesa no tiene por qué instalarse el infierno.»

«Se sale de la educación profana para enlazar con un tiempo inmóvil, con la Eternidad.» (Eso justamente —según leo esto— me acaba de pasar a mí a las orillas del Miño, desde Piñor a Guilarrey.)

20 de agosto. Vigo

Hacer creer que es verdadera una novela depende del talento del novelista. «Te lo crees», pasa igual que con las palabras de amor. Pretensión de verdad, exigencia de credibilidad.

¿Cuál es la virtud de la literatura de ficción para que pueda interesar de forma apasionante? Interés por el destino. Curiosidad. ¿Qué le pasó a Fulano? ¿Qué fue de él? Yo creo que es porque te asomas, porque a la gente que conoces no

te puedes asomar. Compensa las lagunas que tenemos en el terreno de la realidad. Hay abierto un interés siempre hacia los demás pero no sabemos nada o nos mienten o están los trozos sueltos. Se ve desde varios ángulos. Destino ya cumplido: la historia. La novela: va pasando. La operación configurativa es la fijación de las imágenes mediante la palabra.

23 de agosto

Pazo de Aldán. Búsqueda de sensaciones. Viajar para tener instantáneas. Hay ciertos viajes que exigen participación porque entras en las casas, en las vidas de las gentes y eso sustituye con creces a la vivencia emocional, te convierte en espectador-participante, te vincula con el tiempo, con la historia, con la tradición. Los periplos *hippies* buscan el desarraigo.

25 de agosto

De niña me dieron de regalo un cuaderno verde (terciopelo). Haz un diario. Lo tenía todo en la cabeza y lo decidía continuamente pero no me atrevía. Era demasiado bonito. Esto coincidía con el verano. Los lapsos del verano. Lo que ha sido éste para mí: recobrar la memoria, sancarla.

La Torci lo dijo al principio del verano, aquella tarde en la terraza de Doctor Esquerdo, que los veranos tienen algo en su misma inestable fugacidad que no tienen los inviernos: ese deseo de apresar todo lo que ves y que te queme como una llama. Y yo ayer lo pensé mirando la puesta de sol desde el puerto de La Guardia. Que no se acabe nunca el mes de agosto, me daba miedo, sentí vértigo.

En el fondo, la lucha más trágica, como de personajes de auto sacramental, es la del recuerdo contra el olvido (cf. tumbas: «Tus padres no te olvidan», canciones donde se pide «no me enseñes a olvidar» o aquel miedo a perder, con la tierra, la memoria, «ojos que no ven corazón que no siente» y lo que contó B. «está aún caliente la tumba» como excusa para no vender la tierra de los mayores).

26 de agosto

(Acompañando a J. G. para su inyección.) La Estrada. Peón de brega y sobre todo maestro de lidia. Lo importante en la vida es saber el sitio del ruedo donde debes estar a cada instante —yo cada vez lo voy sabiendo mejor en vista de la indecisión de los demás— y adherirse apasionadamente al menester de ocupar ese sitio ya que es el tuyo de ese momento, así se teje sin grandes entorpecimientos (al menos por tu parte) la urdimbre de la convivencia. (Pero yo tal vez tendría que hablar menos, que descubrir menos mi juego, llevar secretas estas anotaciones, dar, irradiar pero sin que se vea la trastienda. Eso me haría escribir más. Lo necesito.)

Ayer tumbados en el prado, aquello era tiempo estático, curativo, muy rayano con la eternidad, no necesitaba explicarle a nadie aquel beneficio, si remansaba en mí y me volvía superior. Algún día escribiré sobre esto: la falsa seguridad que da la posición social, brillo, dinero, y más aún en los que mariposean en torno de ese brillo envidiándolo, es un mundo absurdo, vacío. Reenganchan aparentemente con una tradición pero es en forma inerte. Manejan mucho la palabra *hortera* y tienden a crear apasionadamente otra élite, a pelear por unas apariencias cuyo contenido ya superado no huele ni les intriga.

27 de agosto

Si al acabar una novelauviéramos que exigirle colofón «en nosotros» sería absurdo. Lloramos si termina mal pero punto final. No esperamos otra cosa. Tomar los episodios de la vida como novelescos es la gran sabiduría, creérselos pero darlos por cancelados en su duración, sin exigirles eternidad.

En el tren. 29 noche

Para Retabílas

Fíjate la cantidad de encuentros falsamente románticos adecuados sobre modelos de evasión barata que se empeñan en ser amor eterno. Y tú y yo estamos «ligando» de verdad, si esto no es ligar ya me dirás lo que es, arrastrados por el logos que nos une. Y esas otras relaciones sólo asumen sus resultados conflictivos pero sin contenido que los sustente. Dos personas se encuentran en un tren, pongo por caso, y como quien más quien menos ha leído desde *El tren expreso* de Campoamor, hasta *La modificación* de Butor pasando por *Stazione Termini* porque es una retórica que trae cola, pues piensa sin darse cuenta, además, ¿y por qué no aprovechar este viaje tan largo para ponerle ojos de seductor a esta señora? Pero la cuestión está en lo que se hable, en que se críe ambiente o no. Lo malo es seguir la inercia esa en encuentros sucesivos.

31 de agosto

(Yendo hacia la cita con M. d'Ors para corregir las pruebas de *La búsqueda de interlocutor*.)

Las esfinges sin secreto. Lo fían todo al gesto, el vestido. Pero hay una serie de connotaciones estándar que contradicen esa pretendida excepcionalidad o misterio del gesto. No hay secreto, no hay nada escondido ni lejano, todo es accesible. Religión barata, adquirible mediante compra, sin esfuerzo.

1 de septiembre

Me parece una victoria no haber ido a casa de Marisa, me convocaba la imagen de una piscina, pero la rechacé. Era inercia. Tengo que trabajar, leer, centrarme, recobrar el equilibrio de mis pasos. Ayer pude dar un paseo solitario por la

pasada por aquella niña de Cabreiroá en su casa de Madrid, en cómo me contaba yo esas tardes (influencia de *Celia madrechita* también), en cómo se imagina y se cuenta uno desde fuera la vida trepidante de los interiores (mirar desde fuera bailar en el casino, o «cuando yo sea mayor y vaya a tal sitio», las esperanzas para el futuro desde los umbrales de la adolescencia) y ahora que estoy instalada en esta tarde de hoy, en aquel futuro (cf. mi cuento «Variaciones sobre un tema»: «soy aquella que soñé» y lo que decía Eulalia: «sin imaginar la envidia que la gente que entraba en el drugstore no era capaz de pasarlo bien», etc.), ¿qué hago de él? ¿Por qué no encender esta tarde, amueblarla, llenarla de orden y concierto, como en aquellas tardes de hace tres inviernos cuando estaban poniendo la Ferrolí y Marta, Alicia y yo nos refugiábamos al calor del cuarto de delante, cada una con su brasero a los pies y yo era feliz porque se lo podía contar a P, y eso hacía vivos mis propósitos, los ponía en ebullición? Se necesita, sí, alguien que te haga creer en tus propios propósitos, que te los apunte, «toma mi brazo y que suba la yedra por aquí», lo que yo hice con P. fue el brazo para su yedra, «eres mi estructura, mi geometría, me conviertes en proyecto», tengo que buscarme un brazo para mi yedra.

23 de noviembre

Leyendo *La Viena de Wittgenstein* de Allan Janik. Lo que ha matado a todos los pensadores, Kant incluido, es el prurito o pretensión de analizar si lo que hacen o piensan está incluido en la antropología, en la lingüística, en la epistemología o en qué. Se autoclasifican, según piensan, siempre en la misma cuestión de las etiquetas. Yo estudio esta temporada consciente de ir por un bosque, pero no me asusta ese bosque, me produce curiosidad y a veces cierta risa. Digamos cada cual lo nuestro y a nuestra manera, no sé por qué esa manía o preocupación previa de sentirnos embarazados por el casillero que nos tocará en suerte, es como no poder respirar

acordándonos de imaginar el nicho donde van a enterrarnos.

La búsqueda de la verdad está en contra de su posesión. La verdad especulativa se opone al estado de devenir que es la persona existente. El cristianismo tiene sus raíces en la verdad subjetiva, lo mató la pretensión de ser expresado en términos especulativos, lo congeló la apologética. (Recordar mis náuseas ante esa disciplina de la que nada entendía contra la riqueza narrativa de las parábolas: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...» y lo escenificaba don Luis porque allí cabía interpretación, talento visual y a la palabra de Cristo se adhería la creencia, se calentaba y revivía la adhesión, el cuarto a espadas propio, y el mío a través del cuadro que don Luis pintaba, vi un camino con su pollino y sus ladrones más plásticamente que en el cine.)

Los libros que dicen en el prólogo lo que pretenden son como personas que te destripan una película. Aparte de que para mí meterme en un libro (a escribirlo) es ir sabiendo poco a poco lo que voy a decir y cómo lo voy a decir. Espero que los lectores participen de este viaje. (Pienso lo absurdo que sería hacer un resumen previo de un relato oral.)

26 de noviembre. En el tren al Escorial

Leyendo Novela de los orígenes y orígenes de la novela

Una señora, a mi lado, hablando de un santo de la hija de un primo y no habla ni un momento de si lo pasaron bien o mal, sólo de los safaris de los transportes, de cómo les mandaron recado, etc., de la conmemoración misma, nada, se da por supuesto que fue aburridísima, de las consecuencias, de cómo los pantalones se les habían empapado, etc.: «a las doce o así saldríamos, desde las Rozas una niebla, digo vete despacio, que no veíamos pero nada, le digo a Andrés, yo voy a echar mi paraguas y él, no, que vamos en coche, pasaban los coches, digo nos van a poner».

«Para el idioma corriente», dice Marthe Robert, «arte de narrar y mentira están tan estrechamente unidos que parecen confundirse en la misma reprobación.» «Es un cuentista»,

dice, en efecto, el pueblo llano de un tío que se explica bien y hace colar sus narraciones como verídicas. O también «tiene mucho cuento».

Las primeras fantasías del niño actualizan siempre deseos. Bergai<sup>1</sup> («Luego venían dos naufragos. Tú y yo los cuidábamos...»). Ella no sólo lo inventaba sino que me daba permiso para cuidar a su hermano. En aquella primera expresión literaria, la isla de Bergai, se cocieron muchas de las características del amor-secreto, del viaje imaginario, que luego se me ordenaban en «el cuarto de atrás».

En el sentido que da Marthe Robert al término «urdidor de novelas», hay personajes absolutamente novelescos, pero no tanto por la vida que hacen sino por la que imaginan que hacen y por sus capacidades para hacerla creer.

#### 29 de noviembre

Meditar en la fórmula de resumen con que suele uno darle a los amigos el trasunto de lo que está escribiendo. Tal vez en estos resúmenes orales esté implícito el «érase una vez» que tanto luchamos por camuflar y que, según Marthe Robert «la novela deja siempre sobreentendido cuando cree derrochar más artificio en reinventarlo».

La ejemplaridad de los sufrimientos vencidos es uno de los *leitmotiv* de todo relato oral esmaltado de ejemplificaciones de conducta. «... Y que vale mejor una dicha pagada con llanto.» Yo o cualquiera solemos contar cosas de nuestras vidas a medida que vienen a cuento para ilustrar (con una vanidad más o menos subrepticia, índice por otra parte del arte este tangarse) cualquier teoría o filosofía de interpretación de la vida o rectora de la conducta. «A mí me da pena de Fulano»; el narrador moralista finge tener corazón muy

1. Bergai, isla inventada por Carmen Martín Gaité y una amiga en sus juegos infantiles. El nombre de la isla es un apócope de dos apellidos, el de su amiga y el suyo. (Nota de la editora.)

tierno siempre proclive a ver al prójimo en un abatimiento del que será incapaz de levantarse. En los relatos sobre las penas de los demás y sus conflictos nos gusta sentirnos águilas, dioses compasivos e incontaminados. Es un ámbito de refugio, de éxtasis, el de la narración. Cuántas veces, recién apagada nuestra a veces penetrante y lúcida tanto como fría, acerada y cruel disección sobrevolando la miseria ajena caemos encenagados y obtusos en nuestro sempiterno revolcadero de opacidad. Ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio quiere decir, sobre todo, que la paja del ojo ajeno está analizada, penetrada y elaborada a partir de la exasperación que produce la ceguera a que nos condena esa viga propia.

«El cuento», dice M.R., «sólo se interesa por los seres inacabados.» Esto me parece muy interesante. Lo tocaba yo en mis reflexiones sobre los cuentos de Aldecoa y ahora luchó con Angelino y Luis Sanz para meterles en la cabeza que *Parada y fonda* debe tener una estructura de cuento. «¿Ah, pero se ha acabado ya?» Pues sí, mis libros siempre se concluyen sin acabar. El *happy end* anula el cuento. Lo otro, «retahílas», da ilusión de continuidad. Dureza frente a la adversidad.

El héroe del cuento es un superdotado pero aspira «como meta de su trabajo a convertirse en uno de tantos». Cuando el cuento se amplía y se convierte en novela la contradicción le viene al héroe de que su lucidez y reflexión le impiden creerse que sería feliz convirtiéndose en uno de tantos pues aspira a la excepcionalidad, a los reinos a que le hace acceder esa reflexión a la que no puede ni quiere renunciar y que tantas veces —cf. Pavese— le llevará al suicidio.

Lo lejos que están los anhelos, ensoñaciones y juegos infantiles de un cumplimiento social. Recuerdo aquello de médico, sastre, soldado, príncipe, en la lista de oficios que atribuíamos a nuestro prometido, qué poco tenía que ver con su cometido real. Luego, en cambio, después de la guerra vinieron juegos de dinero y de bancos.

La función de conjuro de la narración. Nunca acabar.

cien por cien, y de ahí dispararme otra vez a la conquista de lo nuevo, a la generalidad, pues esto que ahora experimento no tiene por qué ser sino el humus, nunca el contenido textual, de mis ulteriores piruetas o excursiones literarias.

El *confer* (*Segunda semana*) es lo que el propio Ferlosio hace interrumpiendo a veces con su torpeza para escuchar las narraciones orales más sabrosas que he pretendido hacerle a lo largo de nuestra vida en común, siempre truncadas narraciones en que el escollo de su incapacidad para escuchar embotaba mi vena narrativa, «¿Quién era ése? ¿Tus padres están ahora en El Boalo? ¿Y estos apuntes que tomas para qué libro son?», frente a la espabilada, rápida, ávida e insomne atención de la Torci, por ejemplo, para las narraciones orales donde, de la mano de su curiosidad, vamos desbrozando la vía por donde la propia narración procede a discurrir.

Las interrupciones de los torpes, «Yo es que si me interrumpo no puedo», hay que frenarse del impulso de hacerlas aun a sabiendas de que algo se pierde. Pero es preferible perder algún detalle y seguir el ritmo (como en los apuntes, como en el aprendizaje de una danza) que no salvar aislados los detalles a expensas de cargarse y cepear el hilo, el contexto en que habían de engarzarse e ir resonando, emitido por la boca y el aliento de quien requiere, sobre todo, de nosotros que nos acompasemos y entreguemos a su emisión de ese día, a esa versión irreplicable, que tiene de irreplicable precisamente el ritmo, el salir de un tirón, no los detalles, fácilmente recuperables otro día, material estable, sedentario que incluso sin inspiración se puede bajar a recoger en cualquier momento. Cuestión de almacén, de codos, de fichas (cf. la paciencia de los coleccionistas), de datos frente al *élan* del creador de la historia desde el momento (en estado de manía, de éxtasis, de individuo poseído por las musas) en que siente llegada la coyuntura de ponerse a contarla.

«En rigor, el momento de la relación comunicativa juega en todas —absolutamente en todas— las formas del significar.» Que seres como R. o J. Benet sólo lo vean a través de la crítica lite-

ria hecha a base de sudores sobre textos, les aboca a su esencial soledad, tan faulkneriana, por otra parte.

8 de enero de 1975  
*Tren de Málaga a Madrid*

Leyendo *Una derrota bastante honrosa* de Iris Murdoch. No conozco ninguna novela de amor donde los tiempos estén marcados convenientemente. Es para mí un error el inadecuado proceso. Contar —Morgan— retrospectivamente cosas de su pasado, tras el rechazo de Julius, cuando le recorta el vestido en tiritas, podría ser magnífico pero está mal hecho. La situación de transformación de que hablaba yo en mis cuadernos anteriores no está nunca explotada de un modo suficientemente sabio en ninguna de las novelas de amor que conozco. Me parece muy importante, p. ej., ahondar en el momento en que se le cae la venda de los ojos *de verdad* a la amante despreciada, en que ese cuchillo de «cuando me lo contaron sentí el frío» se materializa, operando la famosa transformación, el paso a la sospecha. Y ese momento está hecho de otros muchos. Nunca es cuando te lo dicen sino cuando lo ves tú y empiezas a atar cabos. Por ejemplo, no conozco una situación tan patética como la de la amada que ve de puño y letra de otro, de ese otro que por tal vehículo la mantenía en vida, en esperanza y en cordura, firmada su sentencia. Hurgando, casualmente, en su equipaje, ve que iba a convertir en novela donde una mujer mayor se suicida, el brillo momentáneo de unos ojos por los cuales ya no le venía la vida a él. Y en esa señora hay un revulsivo que la lleva a la resurrección, que le hace poner el hito del «se acabó», e iniciar una pendiente muy pina pero real, sin espejismos.

Es un esquema perfectamente válido de novela el que sigue I. Murdoch tanto aquí como en *El unicornio*. Seleccionar una serie de personajes de los que al principio no se sabe apenas nada (lo del hermetismo inicial está mejor logrado en *El unicornio*) y luego irnos prendiendo y llevando a la sorpresa a través de las relaciones de cada uno con cada uno.

Naturalmente, según con quien se enfrenten y vayan hablando se desvelan distintos. El final es como el mosaico en cada uno de ese conjunto de conversaciones y actitudes. Las influencias interpersonales y mutuas. Los hay que cambian menos (Rupert) y más (Simon), según con quien se relacionen. También se daba esto en *Contrapunto* y en Dostoievski. Novelas como fragmentos de vida.

\* \* \*

Hay cosas a las que es lícito e incluso divertido dedicarles atención *in situ* pero nunca será digno ni adecuado dedicarles narración: una de ellas es la comida (son para hacerlas, no para decirlas). ¿Por qué? Nada se trasciende, se aclara ni se penetra hablando de comida. Hay enfrente de mí en el tren TALGO unos señores que llevan una hora hablando de sopas de ajo, etc., con un mimo y detalle impropio, con el simple designio de revivir su imagen ante los otros. Sólo concibo o la concisa mención utilitaria en plan receta o bien del guiso o bien del lugar en que se toma, pero este elevar el tema al noble rango de cuidadosa narración me encocora.

En la literatura el tema comida sólo puede ser usado en plan «cantante calva» o «la boda de los pequeños burgueses». Desde que los niños son pequeños: «pues le doy tal, pues le doy cual», la posesión del oponente por el espúreo procedimiento de lo gastronómico.

Meditar en la incompatibilidad comida-narración. Rafael en este aspecto es de una grosería oponente comiéndoselo todo en seguida, sin ceremonia, negándose, canibáticamente, al placer de la mesa.

9 de enero

La literatura epistolar por una parte remite a lo que sólo se puede decir a otra persona, por otra plantea el problema de si es lícito o no aprovechar esa frescura genuina al darla para todos en forma de producto cultural y la prueba es que cual-

quier aviso de publicación póstuma de este tipo despierta en cualquier lector delicado una mezcla de avidez y mala conciencia (como estarse asomando por la puerta trasera a participar de la intimidad de otros). El libro como producto cultural a veces no puede aceptarse (cf. mi rechazo excitado y pirado del *Libro de la fiebre*).

\* \* \*

Conversaciones de partos. De repente una amiga de Anita casada dijo: es como si le sacaran a uno una mesilla de noche por la nariz. El detalle significativo, vivo, de la narración. La manzana.

11 de enero

Las conversaciones amenazadas por el reloj. Una chica en el bar Perú a la hora del aperitivo le decía a su novio: «Me van a reñir», «No dejes que te riñan», decía él (Pablo Klein con Tali). El mayor encanto de las conversaciones (las mías con P. S. también) es cuando están en plan de isleta mágica (nadie nos va a encontrar aquí), cercadas por la marea turbulenta de la realidad que te vas a encontrar fuera en cuanto salgas de aquel reducto (M. Santos y mi famoso «trauma» de la hora). Ya, en la literatura, la amenaza del reloj, del plazo para la conversación, está muy clara en *La cenicienta*.

No se puede contar nada bien cuando te dan un plazo. Exámenes escritos. «Tienen ustedes una hora» y al salir se preguntaba: «¿Qué has puesto tú?». Iba todo a contrapelo, no armonizado con el tiempo.

Vivir la armonía con el tiempo, sin esquinas. Y narrar igual. ¿Qué has estado haciendo tantas horas con Fulano? Nada, hablar, y como no se ha puesto el espantajo del reloj delante –como te lo ponen a posteriori no entiendes nada– ha sido un éxtasis. ¡Cómo se nos ha pasado el tiempo! Pasar el tiempo, sentir en él algo maternal, una segunda piel, no temerlo ni acecharlo. Pero no te dejan.

14 de marzo

El guiso. En los buenos restaurantes te enseñan el taller del escritor (Baviera). Chicho y la Torci me enseñaron trucos válidos. Al seguro no le importa enseñar. No quiere imponer nada. La cocina puede ser comparable a la literatura. Los pedantes no enseñan sus secretos.

19 de marzo. Noche  
*Hacia Algeciras en el tren, leyendo a Thomas Hardy*

La aparición de los nuevos personajes. La apariencia. Es importante que haya primero una descripción de la aparición –de repente, jadeante, etcétera– es decir de lo circunstancial o argumental que le lleva allí, esto incluso acompañado de algo que dice. Pero ya en seguida se habrá encendido en el lector la curiosidad por su aspecto. Cuanto más tarde en saciarse esta curiosidad y más largo sea este lapso, más eficaz será y más nos quedaremos con el personaje.

Los pretextos y rodeos (versiones exculpatorias complicadas) preceden a las definiciones. Decir de repente: «Aquello era un negocio sucio» es una definición que hace luz –mediante patrones legales, morales, etcétera– sobre la versión personal y anula el cuento anterior.

TREGUA. Suspense. Las novelas y cuentos buenos son los que dan largas a la consecución o ejecución de algo (cf. el entretenimiento del prisionero en el patíbulo antes de que llegue el indulto, recurso conocidísimo). Si lo que se espera conseguir es huir de algo, es cosa distinta a cuando la tregua misma significa la huida de algo (miedo al amor).

El índice de credibilidad para el otro decae si le estás recordando tus deficiencias para jugar o tus hándicaps. Dentro del recinto narrativo nadie debe –porque es ineficaz– estar recordando cosas que objetivamente o en otra narración ten-

drían significado. Hay que conseguir hacer acceder al éxtasis de continuidad en esa historia (soy bajo, soy vieja, soy ladrón son cosas que importan antes de que se produzca la admiración por quien olvida eso. Luego ya no importan si no le importan a otro. Nadie puede ir con quien le repugna. Basta con verlo).

BAUTIZAR. Inventar nombres nuevos para situaciones objetivamente habituales tiene un sentido eminentemente narrativo. Ese cuento no es el que han contado otros con esas palabras usuales: es otro. Si no, no se escribiría nunca de los celos, etc. Es el cuarto a espadas personal. Lo secreto, es, pues, fundamental. No se dice lo secreto, se cuenta.

*Algeciras, 20 de marzo*

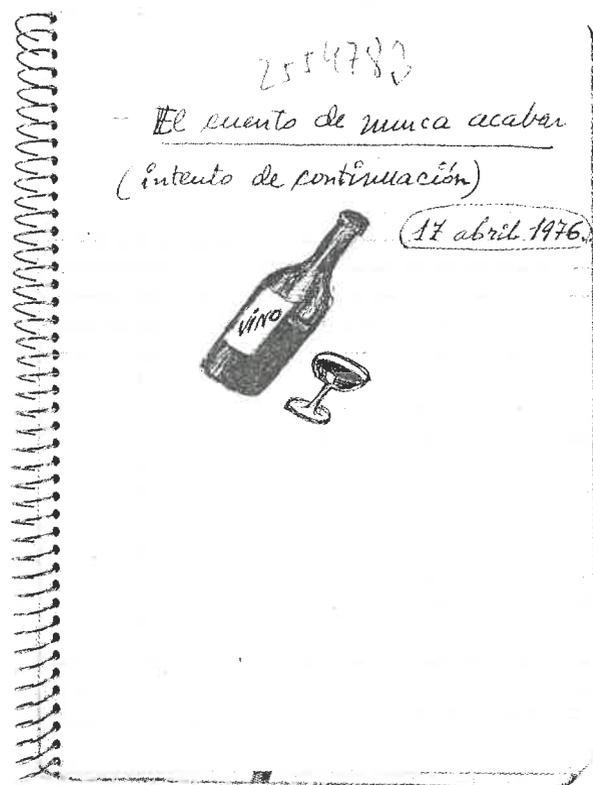
El legado narrativo. Pienso que el narrador nómada que había en J. ha sido destruido y me encuentro con su legado en las manos. T. Hardy narra con aplomo y eficacia el paso del predicador a protagonista de las aventuras de contrabando que empezó por condenar. Yo debo meterme con audacia en un relato del que puedo tener datos suficientes; pero tengo muchas historias que inventar. Y puedo, tengo el legado narrativo de J.; a pocas personas tan poco nómadas les han dejado tan rico y arraigado petate de nomadismo. Conocer un mundo nuevo; estar dispuesta a que te desplacen del tuyo. Cuando las razones morales o los juicios de papel se deslíen ante una pasión más fuerte.

La narración literaria no es más que un reflejo o recopilación de situaciones narrativas orales. Por tanto explorar los campos de la narración oral supone rastrear los cimientos de la otra. Pero sin olvidar de cuánto influye ésta (la literaria) a su vez en los esquemas de la otra.

Cuando se es feliz no hay historia. Yo ahora –1975– estoy mejor que si hubiera sido feliz. Y tengo que pensar que a esta edad habría llegado de todas maneras.

## Primera interrupción

Desde que dejé ordenado lo que antecede han pasado seis meses, he perdido el estímulo de mi trabajo que ya parecía surcar las aguas con un ritmo seguro —lo cual no significaba ninguna garantía— y me vuelve a asediar la zozobra. Hoy, al fin, 30 de abril de 1976, pienso que tal vez confesarlo aquí y recapitular las causas de este quiebro, aunque por una parte ponga de nuevo en cuestión la seguridad aparente de aquel ritmo, también podrá servirme de punto de partida para arrancar a decir algo nuevamente.



Una de las cosas que han pasado en este tiempo es que en diciembre del año pasado murió repentinamente el amigo con quien yo más había hablado de los avatares de este libro y a cuya memoria se lo quería dedicar, si soy capaz de seguirlo. Es aquel que me decía —como he contado en uno de los prólogos— que a mí siempre me ha gustado más navegar manejando la vela de foque que desplegar la mayor o la cangreja. Esta tarde he vuelto al Ateneo y he paseado un rato largo en soledad por el pasillo donde una vez me dijo eso y donde tantas conversaciones tuve con él al respecto de mi trabajo y de las indecisiones y problemas que me lo paralizaban. Ningún bache, con todo, tan yermo como el de estos meses, a raíz de su desaparición definitiva como espejo y como interlocutor. Todo lo que antecede lo había leído él y, a partir de ahora ya se lo estoy dedicando a unos oídos ausentes, a un rostro cuya expresión sólo muy a duras penas consigo evocar y reconstruir. Le apasionaba la idea de este libro y el calor de sus ánimos fue cobrando existencia, y saliendo trabajosamente del no ser, sorteando los escollos que surgían para anegar y convertirlo en niebla. Esos escollos son hoy más poderosos que nunca, porque surgen del mismo material que antes constituía el norte y alimento de mi navegación: una serie de notas a máquina que se me han quedado frías.

Rafael Benjumea Burín  
(Sevilla 1876 - Málaga 1952)

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, se especializó en la construcción de obras hidráulicas. Dirigió la construcción del Pantano del Chorro (Málaga) y la regulación y aprovechamiento del río G., lo que le valió el título de conde. De 1925 a 1930 fue ministro de Fomento en el directorio civil que presidía Primo de Rivera. Trabajó en la ampliación y mejora de la red de carreteras. En 1930, cuando se creó la Unión Monárquica, fue su presidente. Al advenimiento de la república emigró a Francia y más tarde a Argentina.

Fue a América no como «aventurero que fía todo a cambio sino con la fe en sí misma del que siente que ha nacido para dirigir, orientar, estimular y ordenar, y con la misma seguridad en que dominó a las rocas y las aguas en el desfilar de los Gaytanes en las serranías malagueñas, atravesaría las entrañas de la gran ciudad de Buenos Aires».

Creador genial, gobernante constructivo. Animador de empresas, soñador y erudito a un tiempo de sus poéticas concepciones de engrandecimiento patrio.

En la primavera de 1931 se sustituyen las anunciadas elecciones generales de diputados a Cortes por otras de concejales. Vallellano se presenta como concejal monárquico para responder a su gestión de cerca de cuatro años como alcalde de Madrid. Se negaba a Guadalhorce, jefe entonces de la Unión Monárquica, el derecho a ocupar ni un solo puesto en Madrid. Dijo G.: «... con Vallellano... no necesita la U. M. Nacional de nadie, porque la obra de la Dictadura en el Ayuntamiento de Madrid, que es la suya propia, estará insuperablemente amparada y defendida por él solo». Hasta la revolución de Asturias, alentado por estas palabras, Vallellano no cesó en su cargo de concejal del Ayuntamiento madrileño.

Según Vallellano, estuvo poco tiempo en Fomento y es increíble lo que hizo en ese tiempo. Imagina lo que habría podido hacer sin zancadillas, sin crisis ministeriales ni caciques de turno, con todo su tiempo libre para concebir, orientar, dirigir y realizar, sin que el silencio de su despacho se viera turbado por la entrada de un audaz con el anuncio de una interpelación, la amenaza de una campaña de prensa o el vaticinio seguro de una crisis.

E. Aunós, *Itinerario histórico*

El nuevo régimen, como todos los de excepción, necesitaba apoyarse en un programa de trabajos públicos que, aumentando la riqueza nacional y estimulando las iniciativas privadas, compensase con un bienestar efectivo la pérdida de las

quiméricas libertades políticas por las que se habían sacrificado los ciudadanos.

España se hallaba retrasada en muchos órdenes de la vida moderna, a causa de su desbarajuste político. Uno de los mayores adelantos de nuestro tiempo, el establecimiento de redes de carreteras, no había podido nunca realizarse en España, país rico en bellezas arquitectónicas, naturales y artísticas como pocos de Europa (citar testimonio de viajeros dieciochescos). Resultaba prácticamente intransitable en coche. G., que unía a sus vastas concepciones un maravilloso poder de realización, cruzó España entera de caminos espléndidos, completando este servicio con nuevas líneas ferroviarias y la construcción de amplios, limpios y confortables hoteles y paradores.

Este esfuerzo de modernización culminó en las Exposiciones, resultado del bienestar y trabajo de tres años. El capital de las sociedades y empresas privadas debía ser aumentado continuamente y las mismas municipalidades, sacudiendo la rutina en que yacían tras querellas de vieja política, emprendieron vastos trabajos de reforma y urbanización que embellecieron las ciudades (se desentumeció el amor, propondría yo).

Entre las más viejas y nunca realizadas aspiraciones nacionales (gran obsesión de Costa) destaca la implantación de una política hidráulica y aprovechamiento de aguas.

Secularmente abandonadas a su irregularidad natural, las lluvias eran estériles y los pequeños arroyuelos de regadío se convertían en rápidos y devastadores torrentes. Las confederaciones hidráulicas fueron transformadas en entidades administrativas y económicas, que en cada cuenca agrupaban al conjunto de las corporaciones públicas y privadas. Se les atribuyeron créditos para desecar pantanos, abrir canales, emprender obras de irrigación permanente y proceder a la explotación de los terrenos así ganados para el cultivo. Únicamente –tales eran las previsiones de este plan– con un poco de espíritu de continuidad.

## CUADERNO 16

---

### CUADERNO DE Liliscora.

(Anejo a la redacción  
de la biografía del  
conde de Guadalhorce)

*Un cuaderno con las tapas de plástico rojo, concebido como anejo a la redacción de la biografía del conde de Guadalhorce, en el que la escritora explica cómo va entrando en el trabajo. Al cabo de un mes, el diario como tal se interrumpe y el cuaderno empieza a contener «de todo».*

## Preámbulo

Siempre he echado de menos, al cabo de mis diferentes invenciones narrativas que culminaron en el resultado de un libro nuevo, no haber llevado, paralelamente al trabajo que iba configurando y creando el libro, un diario donde se diera cuenta de los avatares, interrupciones y altibajos de esa elaboración. Es decir, haber ido escribiendo, a compás de la historia que se contaba dentro del libro en cuestión, otra historia escrita desde fuera: la historia de ese libro concreto y de lo que significó para mí.

Con frecuencia me ha tentado semejante proyecto, y creo que si hubiera sido capaz de vencer la pereza que indefectiblemente abortaba mi propósito, cuando surgía, ahora me resultaría de bastante utilidad pasar la vista de vez en cuando por esos diez cuadernos de épocas diferentes y revisar, a través de ellos, el proceso de mi estilo y de mis sucesivas preferencias y aficiones. Claro que, más que por la utilidad, los echo de menos por el placer que me producirían, por la sensación de guardar y conservar algo mío, algo para mí, ya que un libro, una vez entregado al editor y exhibido en los escaparates, no sólo deja de pertenecerme sino que jamás lo releo.

Y es muy curioso que esta vieja idea, jamás llevada a cabo por mi cuenta, hoy, en cambio, tome cuerpo por encargo ajeno. José Torán, por cuyo encargo voy a tratar de escribir una biografía sobre el conde de Guadalhorce, me ha sugerido ayer -9 de mayo de 1976- la conveniencia de ir anotando, al

mismo tiempo, en un cuaderno los detalles de elaboración del libro en ciernes.

Obedeciendo su sugerencia, estreno este cuaderno de notas. Y a él se lo dedico.

### Cuaderno de bitácora

(Anejo a la redacción de la biografía del conde de Guadalhorce)

*Martes, 27 de abril*

Almuerzo con don Jaime y Torán en un restaurante italiano cercano a Pedro de Valdivia. Le digo a Torán que no ando muy bien de dinero y que si me puede dar algún trabajo que no sea demasiado aburrido. Me dice que el Ministerio de Obras Públicas quiere conmemorar este año el primer centenario del nacimiento del conde de Guadalhorce mediante una biografía de este insigne ingeniero y ministro de la Dictadura. Que si la quiero hacer yo.

Quedo en pensarlo y en darle la contestación el domingo que viene. Para mí el conde de Guadalhorce es apenas un nombre que me suena de haberlo oído pronunciar en la época, ya lejana, en que trabajábamos Rafael y yo para Torán, cuando éste tenía su despacho en la calle de Cedaceros número 5, en los primeros años del sesenta. Precisamente hace poco he vuelto por esa casa para dar el pésame a la madre de mi amigo Gustavo Fabra, que vivía en el piso de arriba y ha muerto recientemente. Al subir y bajar las escaleras, miré la puerta del antiguo despacho de Torán y Cía. y tenía el corazón lleno de pesadumbre.

Pienso, mientras como *mozzarella* hoy en este restaurante italiano, con mis viejos amigos de hace doce años y le doy vueltas a la posibilidad de aceptar o no el trabajo que Torán me brinda, que cuántas cosas han pasado desde entonces y me acuerdo de otras comidas similares a ésta en Gambrinus, en Alcalde, en el restaurante de los camioneros de la Puerta de Toledo. (El libro sobre las riadas del Segura, Teruel,

Setefilla.) Don Jaime, que me nota indecisa, me anima y me dice que es un trabajo que yo podría hacer bien y con relativa facilidad. Hablan de Cambó y de otros políticos de la Dictadura y de la República. Lo primero que tengo que hacer es ponerme un poco al tanto de la época, que para mí está un poco desdibujada. Nos despedimos hasta el domingo. Lo que más me hace vacilar es el plazo, porque a mí me gusta trabajar despacio y metiéndome muy de lleno en la búsqueda de detalles.

*Del 28 de abril al 1 de mayo*

Compro el libro de Ramón Garriga *Juan March y su tiempo*, que acaba de aparecer, y me lo leo de cabo a rabo. Del conde de Guadalhorce hace menciones bastante someras, pero, en cambio, da una pintura de la época suficientemente amplia y eficaz como para servirme de un primer cañamazo y no sentirme náufraga.

*Domingo, 2 de mayo*

En Pedro de Valdivia desde las seis de la tarde con Torán, don Jaime y Guillermo Delgado. He decidido aceptar el trabajo. Hablamos de Dalí, de Buñuel, de la Generación del 27, de las exposiciones de Sevilla y Barcelona. Don Jaime aporta comentarios y recuerdos de su padre. Guadalhorce nació un año después que Machado y en Sevilla, como él. Pertenece a la Generación del 98 y hay que estudiarlo en tal contexto, como exponente de la rama fecunda y laboriosa de esa generación. Situarlo como descendiente del pensamiento de Joaquín Costa, entre los hombres que se esforzaban por la regeneración y el bienestar material de la patria exhausta por la pérdida de las colonias. Torán me regala una cajita con hebras de azafrán puro, me enseña unos zapatos bordados, tomamos té; y desde una mesa nos mira un retrato al óleo que hizo hace años Guillermo sobre una fotografía del conde y que siempre había visto en casa de Torán. Seguimos siendo

La época de la Dictadura ya va siendo para mí lo bastante clara y la significación de Guadalhorce en ella también.

*Lunes 24*

Con Torán en Pedro de Valdivia y luego tomando una copa con Diego Salón.

*Del 25 al 30*

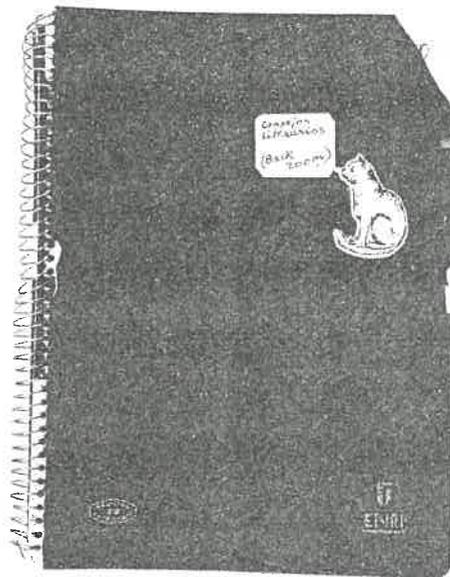
Visita a Paco Benjumea, el hijo del conde de Guadalhorce. Me ha dado una serie de papeles con los que he estado trabajando toda la semana.

*Tren a Segovia, 29 de julio de 1979  
Leyendo a Handke*

El sentido que se atribuye a las cosas al mirarlas es lo que incita oscuramente a la memoria a seleccionarlas para luego. Si se insiste en decir que todo lo que se ve carece de sentido, la novela carece de dardo al futuro, de mensaje y resonancia.

La intensidad con que uno delega en los objetos y se los graba «porque ahora que miraba esa cafetería estaba pensando tal» es lo que los revive luego en miradas sucesivas, porque nos entregan a crédito algo nuestro, ellos buitres implacables, imperturbables, destinados a sobrevivirnos.

## CUADERNO 17



*Cuaderno con las tapas de plástico azul y una pegatina en la portada, estrenado en diciembre de 1976 y utilizado hasta febrero de 1977. Sobresale, entre otras lecturas (de Savater, Buzzati, Maturin, Vargas Llosa, etc.) el apasionado encuentro con la Introducción a la literatura fantástica de Todorov, tan decisivo para la redacción de El cuarto de atrás; en una nota del 31 de diciembre, se vislumbra el motivo central de la novela, la aparición del misterioso entrevistador. Es también de destacar una larga muestra de escritura-tren, es decir meditaciones personales y rápidas pinceladas sobre el ambiente que escalonan un viaje en tren. Aparecen, por último, dos fragmentos para El cuento de nunca acabar («El interlocutor» y «El confesor»), el relato de un sueño y notas para el cuento «La conciencia tranquila».*

notarle distraído en la preparación de una receta de repertorio para nuestros excesos. Hasta ese momento podíamos haber perdonado que el confesor no nos escuchara, que estuviera más atento al cuánto que al cómo, que no se hubiera fijado en si el cuento se lo contábamos bien o mal, pero en el terreno de la narración amorosa —cuando por primera vez ponemos en el asador carne realmente nuestra— no cabe admitir la atención fingida o embotada. Una historia de amor no se puede escuchar como otra cualquiera. Porque es única. Ahí es donde la confesión sacramental nos deja de valer; ha puesto los cimientos para nuestra narración egocéntrica, para nuestras primeras introspecciones literarias, de acuerdo. Pero ya se acabó. Nos levantamos. Rezamos sin convicción los padrenuestros. Hay que buscar el interlocutor por otros pagos. O simplemente soñarlo.

\* \* \*

Debería vivir como escribo en lugar de escribir como viviría.

7 de enero

Estuve en el Ateneo todo el día, previo comer en Alcalá 35. (Llevé unos langostinos.)

En las páginas anteriores quedan muestras de mi trabajo.

Cené con Mauro Armiño en Pereira, y estaba por allí también Garma. Mauro me estuvo enseñando las pruebas del libro de Gustavo.

Luego vino a casa Millás y estuvimos hablando del *neverending*. Es muy lúcido y me puede ayudar, en adelante, hablar con él. Tanto a él como a Ricardo les parece sugerente conservar dos letreros laterales del borrador. Esto facilitaría las cosas, esa ligereza de factura (aun cuando amplíe algo) que también Nacho me insta a conservar. Tal vez revise lo ya hecho y lo despiece un poco en este sentido para que, en este caso, el libro tuviera una mayor unidad. No chupar la pluma antes de ponerse a escribir.

Pienso ahora que estas notas que a veces tomo en los trenes (voy camino de Segovia el día 8, hace un sol hermoso) son como piedrecitas en el camino, para regresar al equilibrio luego. Si dejo miguitas, se las comen los pájaros. Es piedrecitas lo que hay que poner.

He visto unos corderos. Y vengo en paz después de hablar con Belén Tejerina, una maravilla de persona, en El Gijón. En este viaje la he conocido y se me ha acercado verdaderamente. «Si lloras porque has perdido el sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas.» Ahora mismo, al calor de lo que acabo de hablar con ella, y mirando esos corderos que pacían un poco más allá de Mirasierra, he recuperado en su verdadero sentido una frase lejana de aquel cuento que le gustaba tanto a la Torci, era algo que convertimos en una canción: «Abuelita, abuelita, que ya me han vuelto los ojos». Sí, me han vuelto los ojos, siempre me pueden volver.

Anoche la Torci, después de irse Millás, estuvo hablando conmigo de sus sospechas detectivescas y del signo Géminis hasta las siete de la mañana. Fue una noche en blanco, totalmente aprovechada y feliz. Me gusta mucho oír la traducir para mí aquel texto con tanta viveza y entusiasmo. «No te aburrirás.» Y yo ¿cómo me iba a aburrir? Allí con mi niñina.

Esta mañana, a pesar de que había dormido muy poco (me despertó Belén temprano) he visto el sol y he sentido el pronto entusiasmado. Existe A., me espera, me espera la buhardilla alta donde podré poner orden a mi caos. Hoy hace medio año del ocho de julio. Romper. Cambiar de postura. Lo de la pulsera me ha ayudado al desafío, a la reacción. Ya está bien de dejarse llevar por la inercia y por las «resonancias». Todo es nuevo, todo se despliega para que yo lo mire en este sábado glorioso de sol.

Sí. Me han vuelto los ojos. Acabamos de pasar Galapagar, antes de llegar a Villalba. De repente he revivido la escena del piquete que Floridablanca mandó a esperar al extraño prisionero Luis Vidal y Villalba, que venía de Londres. La exploración de su equipaje. Tengo la suerte de recordar esta historia como si fuera verdadera y actual, como si me hubiera pasado

a mí. Historia abierta, enigmática. ¿Por qué no la escribo así, en plan de historia fantástica, enigmática y abierta, explicando el proceso que me ha traído a recordarla? No necesitaría casi ni tener que volver a los archivos. Sería un ejercicio literario divertido y apasionante para mis ratos de desaliento. Inventar el montaje original que le podía dar. Explicar mis reflexiones posteriores a Macanaz, las diferencias y concomitancias entre la historia y la novela. A pegotitos sueltos. Sin pretender cerrar ni redondear. Tal como se conserva en mi memoria. Releer, a este respecto, como ayuda, el Todorov.

Puedo hacer muchas más cosas de las que pienso si cambio de sesgo, si no me empeño en concluir (vicio arraigadísimo en mi ser, tal vez por lo de la «resonancia»). Recordar lo que hablé anoche con Millás. Embarcar al lector en el proceso mismo de la historia. Lo haría con mucho más talento que el argentino de la novela de Alfaguara (mano entre el pasado y el presente). De forma mucho menos pedante. Agua clara. De estos negocios del hilo entre el pasado y el presente lo sé todo. Sería, partiendo de reflexiones sobre lo —a pesar de todo— inconcluso del Macanaz, como aventurarme, en plan «desarra», por los vericuetos inesperados de un género nuevo, que se iría creando al escribirse. No creo yo que nadie haya vivido estas transformaciones mágicas del hilo del tiempo con menos academicismo. Podría meter muchos retales sobrantes del *neverending* que tal vez a ese libro no le conciernen propiamente. Lo aliviaría del material que me agobia.

Parches sor Virginia. Cuadernos de todo. Coherencia poética. Para mí no es un problema esto que me propongo. Es un placer paralelo y enhebrado (intrincado estrechamente) con el de mirar ahora mismo el sol sobre la nieve, según nos acercamos —precisamente— a Cercedilla. Es un pire ir escribiendo así, enhebrándolo todo en mi memoria, como un ballet lleno de significaciones, según escribo. En el último viaje a Segovia, venía con Alina. Le hablé de Cercedilla.

Y hoy Cercedilla me recuerda también mi ascensión por la nieve a ver a P. aquella otra mañana de invierno. Él es la luz,

el bien, se engrandece su lealtad en este momento. Le tengo que escribir. Declaración de amistad.

Es que cuando me pongo a escribir creo que al posible lector le importa más el producto cultural cerrado que le ofrezco que mi propio discurso. Y no sé por qué lo sigo creyendo rutinariamente, por qué me agarro a esa trabajosa creencia (¿por qué?) si últimamente tengo noticias más que suficientes de todos mis amigos-lectores para saber que no es así. Tanta elaboración no hace falta, es dañina, vuelve de piedra hacia los demás mi mano viva, mi fleco desflecado de memoria.

Acabamos de llegar a Navacerrada. Las cuatro menos cuarto.

La literatura es sugerencia, plena sugerencia. Al lector le interesa más lo que le sugieren que el oficio, lo que dan terminado desde un estadio alto, donde no cabe participar. Sólo la admiración boquiabierta (¡qué bien escribe esa tía pero qué lejos la veo!). No se trata de desbaratar a propósito (Goytisoló) sino dar desbaratado lo que nace en vivo desbaratado, no reconstruirlo mediante ejercicios forzados. Acabo de verlo. Ayer, hablando con Mauro en el Ateneo, no se lo podía explicar. La literatura es su propio fluir, cuando éste es verdadero. Un pequeño artificio siempre se requiere, sí.

Pero volver ahora sobre historias frías como *Pesquisa* me haría tener una fidelidad de oficio y forzada a algo que tal vez se haya muerto. Yo, la historia que servía de base a ese cuento, ya no la veo así, se me ha roto por otros despeñaderos que es en los que estoy ahora. Dar más bien noticia (artificiosa pero no tanto) de los despeñaderos será siempre mejor que empecinarme en volver a poner mi mente en lo que sentía en Portugal cuando trataba de disfrazar mi realidad herida y maltrecha escudándome detrás de aquella historia puramente hueca, falaz, de cartón piedra.

Acordarme de lo que me dijo B. de *Retahílas*. Me avisó de que por algunos puntos sonaba a hueco. Y tenía razón. Cercedilla. Las cuatro.

El paisaje, con el sol sobre el musgo, con los arroyos saltando entre las piedras, parece enteramente de nacimiento.

¡Qué tarde tan espléndida! Humo a lo lejos, por San Rafael. Las nubes bajas ponen una bufanda de perla en torno de la montaña. Bellísimo.

No tengo tanto que hacer ejercicios literarios sobre sentimientos cuanto decir la verdad, adecuar las relaciones visuales, engarzarlas con las conexiones de la memoria y aprovechar la invención formal que vaya surgiendo a la par de este ejercicio. Montarse en marcha, encabalar las impresiones verdaderas, indiscutibles porque la mirada y la inteligencia de ese momento las constatan y refrendan.

Tablada. Las cuatro y cinco. Llevo una hora seguida escribiendo. Y si me pongo a escribir en Dr. Esquerdo, allí, en plan de escritora frente al papel, en una hora no saco nada. Ventaja de escribir en los trenes. Ya cuando fui a Soria y a Barcelona lo comprobé. Pero hoy más que ningún día. Estoy absolutamente pirada. No sé por qué no va a ser sugerente este ejercicio. Cuando las cosas son verdad, siempre golpean contra algún muro.

La nieve pura. Se ha nublado el sol. Estamos en Gudillos. Ha sido salir de un túnel y ha cambiado de pleno el paisaje. Ya. Otra cosa. Qué alegría. No quedarse demasiado tiempo abrigado en visiones o convicciones definitivas. San Rafael. La Torci. Niña de humo.

No va a hacer sol en Segovia.

9 de enero

Ayer tarde paseo de niebla y frío con Amancio. Belleza de los contornos desdibujados en la noche. Le dije de broma que éramos Salicio y Nemoroso.

¿Qué hace cambiar la ausencia? La credibilidad. Hace falta saber que el otro te recuerda. Y si te instalas en esa creencia, ya da igual que sea comprobable o no, basta con que el otro te la haya inculcado.

Noticia cronológica de la elaboración de este libro. Al cabo del juego es como un prestidigitador que quiere enseñar la trampa. No me interesa guardarla. Clave para descifrar el rompecabezas. A los entrevistadores no les quiero oír. Para ellos.

9 de enero

Al imaginar ahora, aquí desde Segovia, en la mañana de sol, su posible viaje a la casa fantástica aquella, cobraría mucha más realidad y sentido mi estancia en este lugar y el sonido del piano que toca Amancio si supiera que él me está recordando, más que tenerlo a él querría ardientemente tener la seguridad que tenía de que me estaba recordando desde la ausencia.

10 de enero

Me gustó encontrarme, de repente, con la efigie de Agustín paseando por los bulevares parisinos. Te salta un amigo, en el momento más oportuno, desde las páginas de un periódico. Para ningún lector de *El País* habrá significado lo mismo que para mí encontrarme, de improviso esta mañana, con la fotografía de A. mientras Amancio tocaba la guitarra en su cuarto de Segovia. Me levanté a coger las tijeras y el pegamín, lo puse aquí pegado en mi cuaderno. No dejar nunca de llevar un ritual. Nunca.

Notas al libro de Paul K. Feyerabend, *Contra el método*

«El proceso mismo no está guiado por un programa claramente definido... porque es el proceso el que contiene las condiciones de realización del programa.»

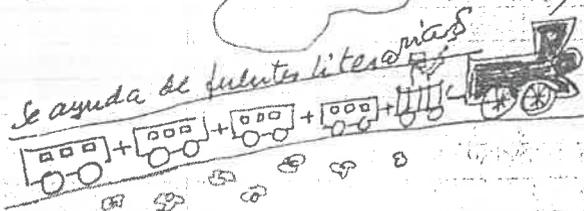
«Las facultades no se ejercitan haciendo una cosa meramente porque otros la hagan ni tampoco creyendo algo porque otros lo crean.»

«Las creencias que consideramos de más garantía no tienen otra salvaguardia que una permanente invitación a que se demuestre que son infundadas», Stuart Mill, *On liberty*.

«El ser de una cosa finita consiste en tener en sí misma las semillas de su desaparición... la hora de su nacimiento es la hora de su muerte.» Lógica. Hegel.

Una teoría puede ser correcta, pero los hechos están contaminados.

Los cambios del lenguaje condicionando  
LA Hª del XIX a través de las palabras



LA INTOLERANCIA -  
LA BUENA MEDIDA (imparcialidad)  
Todos los prejuicios que llevaban  
estas miras fracasaron -

Reflexiones sobre la improvisación,  
sobre el paso de la gravedad a la pasión  
como la oratoria encanta pero no  
convence sino al ya convencido -  
sobre los "pasteleros" -

\* Retablo de los oradores de  
las cortes. Un dramatis personae  
logradísimo -

Paralelos con hoy (pero no lo dice)  
Decorados, locales prohibitivos, venta  
de periódicos - café de La Fontaine

La guerra estudiada allí en los libros era una cosa abstracta. Yo siempre he tendido a lo concreto. ¿Qué hacían en la guerra? Julián Herrero. A Lupito se lo podía preguntar porque tenía un padre comandante. Ideología contradictoria (se atrevió a decirme que él no quería ser militar).

Para el final de *El cuarto de atrás*

Le voy pasando folios al hombre de negro que me dice que lee muy despacio y, sentado a mis espaldas, sobre el suelo, mientras yo avanzo, pirada durante un tiempo que no sé calcular, se abstrae en la lectura.

Al final ya le paso los folios con un ademán de la mano, sin mirarle, y el silencio de mis noches de trabajo, que hace años que no probaba, envuelve el cuarto, haciéndomelo acogedor. Se puebla de soledad, de mí misma. Él ha dejado de hacer comentarios. No se le oye ni respirar.

Me sobresalta una presencia inesperada en el marco de la puerta. Casi ahogo un grito.

-¿Te he asustado? No sé cómo entrar, cada día estás más sorda. No sabía que estuvieras levantada.

Es mi hija. La miro como si no la reconociera. Viene de vaqueros y blusa de hombre. Así visten ahora todas las chicas jóvenes. También las hijas de los ministros, las hijas de Carmencita Franco.

-No habrás tenido frío.

-¿Qué manía con el frío. Me han traído en coche.

-¿En coche? ¿Quién?

-Te dije que iba a esa fiesta en Becerril, te lo dije por teléfono, que llegaría tarde, ¿no te acuerdas?

-Sí, sí, ya me acuerdo.

-No habrás estado asustada.

-No, aunque, bueno, ya sabes que los coches me dan siempre un poco de miedo. Y como ha llovido tanto.

-Sí, hubo una tormenta, pero ya hace mucho. Ahora la carretera estaba seca.

Primer pitillo, estando de sobremesa con Amancio. Acabamos de hablar de Morera y de la faena de no representar él el *Don Duardos*. La charla era viva, entusiasta y animada. De pronto tuve muchas ganas de fumar y encendí uno de los tres pitillos que dejó Carlos. No puse siquiera en duda el encenderlo. Pitillo placentero, para acentuar, sin duda, la sensación de placer que ya, de por mí, sentía. Me ha sabido muy bien.

Las seis y diez

Pitillo previo al trabajo. Acaba de irse Amancio y me pongo con el artículo de Nabokov. Estoy algo nerviosa, porque pienso que no me va a dar tiempo y acudo al pitillo como relajajo previo.

He dudado si saborearlo o ir trabajando al mismo tiempo. Al fin he optado por la primera alternativa. Pitillo «funcional».

Las siete

Llevo medio folio del Nabokov. Tercer pitillo funcional y muy urgente. Lo he fumado paseando por el pasillo. Creo que habría bajado a comprarlo, si no lo tuviera. Pero al final me sabía mal y no lo he apurado. Hace calor. Me prometo—sin demasiada convicción— no fumar ninguno más en todo el día.

Las ocho

Otras dos chupadas a un Habanos. Nervios porque el tiempo se me echa encima.

En *Diario 16*, con Sol Fuertes, y luego cenando en el Suecia con Morera, no volví a fumar.

Comí con Carmen de los Cobos, le compré tabaco y no sentí la tentación de fumar. Luego volví a casa y estuve hablando con Marta de su relación con Carlos. Esto me ponía algo violenta, pero sentía, por otra parte, que era una conversación que debíamos tener.

A las siete menos cuarto fumé medio Habanos. Y a las siete otro medio. Los necesitaba. Los describiría como pitillos para contrapesar una situación de cierta violencia.

Ahora (las ocho) estoy esperando a C. para ir al cine y no siento ganas de fumar.

A ver *Julia* con C. Dos pitillos ofrecidos por ella que llamaré «de compañía».

13 de agosto

A El Boalo con Marta y Elizabeth, en coche de línea. En Morlarzarzal me compré en la farmacia una pipa con pitillo de mentol.

El baño y el aire libre alejan las ganas de fumar. Por la tarde se fueron ellas y yo me quedé. No he fumado en todo el día.

14 de agosto

El Boalo. No he fumado en todo el día ni lo he echado de menos. He leído a Jane Austen sentada en la hamaca, me he bañado. El recuerdo del pitillo no me ha venido en todo el día. También influye que Anita está de buen humor y yo traigo equilibrio de Cadaqués y no se han producido en todo el día situaciones de tensión.

15 de agosto. El Boalo

Viene a pasar el día Amancio. Vienen los Sorozábal. «No fumo, gracias», le dije a Pablo.

Primer pitillo, estando de sobremesa con Amancio. Acabamos de hablar de Morera y de la faena de no representar él el *Don Duardos*. La charla era viva, entusiasta y animada. De pronto tuve muchas ganas de fumar y encendí uno de los tres pitillos que dejó Carlos. No puse siquiera en duda el encenderlo. Pitillo placentero, para acentuar, sin duda, la sensación de placer que ya, de por mí, sentía. Me ha sabido muy bien.

Las seis y diez

Pitillo previo al trabajo. Acaba de irse Amancio y me pongo con el artículo de Nabokov. Estoy algo nerviosa, porque pienso que no me va a dar tiempo y acudo al pitillo como relajajo previo.

He dudado si saborearlo o ir trabajando al mismo tiempo. Al fin he optado por la primera alternativa. Pitillo «funcional».

Las siete

Llevo medio folio del Nabokov. Tercer pitillo funcional y muy urgente. Lo he fumado paseando por el pasillo. Creo que habría bajado a comprarlo, si no lo tuviera. Pero al final me sabía mal y no lo he apurado. Hace calor. Me prometo –sin demasiada convicción– no fumar ninguno más en todo el día.

Las ocho

Otras dos chupadas a un Habanos. Nervios porque el tiempo se me echa encima.

En *Diario 16*, con Sol Fuertes, y luego cenando en el Suecia con Morera, no volví a fumar.

Comí con Carmen de los Cobos, le compré tabaco y no sentí la tentación de fumar. Luego volví a casa y estuve hablando con Marta de su relación con Carlos. Esto me ponía algo violenta, pero sentía, por otra parte, que era una conversación que debíamos tener.

A las siete menos cuarto fumé medio Habanos. Y a las siete otro medio. Los necesitaba. Los describiría como pitillos para contrapesar una situación de cierta violencia.

Ahora (las ocho) estoy esperando a C. para ir al cine y no siento ganas de fumar.

A ver *Julia* con C. Dos pitillos ofrecidos por ella que llamaré «de compañía».

13 de agosto

A El Boalo con Marta y Elizabeth, en coche de línea. En Morlzarzal me compré en la farmacia una pipa con pitillo de mentol.

El baño y el aire libre alejan las ganas de fumar. Por la tarde se fueron ellas y yo me quedé. No he fumado en todo el día.

14 de agosto

El Boalo. No he fumado en todo el día ni lo he echado de menos. He leído a Jane Austen sentada en la hamaca, me he bañado. El recuerdo del pitillo no me ha venido en todo el día. También influye que Anita está de buen humor y yo traigo equilibrio de Cadaqués y no se han producido en todo el día situaciones de tensión.

15 de agosto. El Boalo

Viene a pasar el día Amancio. Vienen los Sorozábal. «No fumo, gracias», le dije a Pablo.

A la vuelta a la ciudad (tren desde Villalba) tuve improvisadamente la tentación del pitillo por dos veces. Y luego, cuando al llegar a casa, vinieron Mauricio y Carlos con tabaco rubio. Pero me quedé mirando las estrellas un rato, desde la terraza, y estaba contenta de no fumar.

16 de agosto

Durante la visita de Blas Matamoro, un escritor argentino, sentí la primera tentación seria de fumar. Gracias a que él no traía tabaco. (Se fue a las tres.)

A las cinco se me ha ocurrido llamar a El Boalo y me han contado que papá ha vuelto a caerse. Eso me ha puesto en un estado de gran nerviosismo. Necesito estar aquí –porque allí trabajo menos o nada en absoluto–, y porque Marta se marcha a Coria mañana, y sin embargo soy consciente de lo necesaria que es mi presencia allí. Este dilema de «corazón repartido», de «conflicto» de «intereses irreconciliables» me desgarran y me invita a fumar furiosamente. Me consolaré leyendo a Simone Weil. (Antes he dado paseos por el pasillo y he buscado a ver si Carmen Cruz o Marta se habían dejado algún pitillo por ahí. Pero nada, no había tal.)

Con la mala suerte de que he perdido –o creído perder– el libro de Simone Weil y la tarea de buscarlo afanosa e infructuosamente por todos los cuartos de la casa, me he descentrado. Tengo que ordenar.

Larga conversación telefónica con Joaquín Puig que ha suplido al prurito del tabaco.

Viene Carmen de los Cobos. Tres pitillos «miméticos» o de compañía con ella en la terraza y uno con Carlos en la cocina.

17 de agosto

Se va la Torci a Coria. Me quedo casi todo el día con C. Cobos. Trato, en vano, de enjaretar el comentario sobre *Emma*. Lo peor es la falta de concentración (¡aquella paciencia que

yo tenía cuando estaba en archivos, cómo la echo de menos!), sentirse perpetuamente como sobresaltado por las vanas sollicitaciones del mundo. Por eso el tiempo se empantana y se fragmenta (los pitillos pueden ser jalones de esta continua interrupción). Hay un vicio de interrupción que yo antes no tenía, tal vez también porque me veía menos cerca de la boca del embudo y era capaz de desatender el futuro, habitar el tiempo presente con mayor entrega.

La peor hora para la tentación de fumar, lo he comprobado, son las siete de la tarde (a partir de esa hora empieza lo irresistible). Carmen Cobos me había estado enseñando a relajarme (y yo me acordaba de aquel empeño de su padre en conseguir, mediante los ejercicios físicos, la paz interior y la olímpica ironía con que yo le miraba –pobre Alfredo– desde mi equilibrio de entonces) y entre eso y escuchar el cántico espiritual se fueron pasando las tentaciones, a pesar de que estaba muy nerviosa porque Carmen Cruz no había venido y porque me han dicho que el abuelo se ha vuelto a caer. Pero, cuando me quedé sola, y lo de *Emma* no me salía ni a tiros, fumé dos colillas de tabaco negro que había en un cenicero. Confieso que me supieron muy mal, pero era algo superior a mi voluntad.

Luego telefoneó Joaquín Puig y me preguntó si podía venir a visitarme. Le dije que sí y que trajera tabaco. (Yo no había bajado a comprar en parte por resistir y en parte por la pereza que me da acordarme de que todos los bares del contorno están cerrados por vacaciones.)

Vino y estuvimos en la terraza. Luego vino Carmen Cobos también. Mi gran triunfo ha sido el de hoy y lo anoto con orgullo. Ellos fumaron. Y yo no.

18 de agosto

Se fue Carmen Cobos a las doce. Todo el rato, desde que ella se fue, estuve lidiando con el artículo de Jane Austen y con el calor. Resistí a la tentación de pedirle que me dejara pitillos. Pero a las tres menos cuarto, ya desesperada, bajé al bar Los

La necesidad de elegir entre los contrarios, el «todo o nada», de donde procede el romanticismo de la sumisión está implícito en el «Soliloquio» de sor Jerónima de la Asunción («Vuestra soy, por vos nací / ¿qué mandáis hacer de mí? / Veis aquí mi corazón, / yo le pongo en vuestra palma, / mi cuerpo, mi vida y mi alma, / mis entrañas, mi afición, / luz, esposo y redención / pues por vuestra me ofrecí / ¿qué mandáis hacer de mí?», etc.).

El misticismo era la válvula de escape de la pasión. En los excesos del romanticismo, la inspiración femenina hallará su derrotero natural, aquel del que carecía desde que los arrebatos místicos le estaban vedados por el incremento de la indiferencia. A falta de delirios religiosos, el romanticismo brindará delirios humanos. El único clima inhabitable para la sensibilidad femenina es el clima templado. Freno de la religión.

Mercè Rodoreda, *La plaza del Diamante*

El egocentrismo, las pequeñas conversaciones, latazos y minucias familiares.

La dulzura del feminismo es mucho más eficaz. Sin insultos ni reivindicaciones –a lo Doris Lessing– esta novela levanta ampollas.

La incapacidad del varón por sentirse desplazado en su protagonismo (se queja de la pierna para que esté pendiente de él). La madre parece como si no fuera nadie y su sufrimiento se desprecia: se convierte tan sólo en un reflejo de las órdenes y las neurosis del marido que se ve instada a asumir y paliar. Y aguantar a sus amigos machos. La mujer es como un cuenco que recoge los estertores varoniles.

Las complicaciones ornamentales de una casa burguesa de la República vistas –con todo realismo y llaneza– por la asistente que las tiene que limpiar.

Debajo del argumento surrealista y magistral –algo payasesco– se ve el desquite de la mujer aplastada ferozmente por un mundo varonil y una estructura capitalista, disgregada, a la deriva, sus sueños machacados.

\* \* \*

En el tren camino de Segovia, 23 de diciembre de 1979, una madre a un niño: «¿A mamá le pegas?». El peso de la palabra: formulándolo así, se deja abierta la posibilidad de que el niño –por si había obrado sin saber lo que hacía– tope con la ley y se arrepienta de su ignominia.

## CUADERNO 23



12 de noviembre de 1979.

Continuo este cuaderno, que he com-  
pado en la jera, en el tren que  
me lleva a Segovia, con el plan  
de ir a mañana de allí para Opor-  
to. Ha se mucho que no escriba  
en el tren, aunque este año he  
hecho bastantes viajes.

Volvi de América a finales de  
Mayo. En junio fui a Pamplona.

En julio estubo en El Busto y Segovia,  
festivales de verano, transportes  
estable Buitrago, casa de María y Juan  
y San Román.

En Agosto estubo en Santander,  
en casa de Belén, y en Pineda con  
Miguel Ángel y Juli.

En septiembre de Almagro, estubo  
del Sr. Duardo.

En octubre en Barcelona y Lisboa.  
Me voy a Portugal.

*Retales de vida y meditaciones de finales de 1979,  
escritas desde el tren a Segovia, y otras pinceladas  
de la primavera de 1981, en un cuaderno  
que conserva muchas de sus páginas en blanco.*

12 de noviembre de 1979

Estreno este cuaderno, que he comprado en Sanfers, en el tren que me lleva a Segovia, con el plan de salir mañana de allí para Oporto. Hace mucho que no escribía en el tren, aunque este año he hecho bastantes viajes.

Volví de América a finales de mayo. En junio fui a Pamplona. En julio entre El Boalo y Segovia, festivales de verano, transportes, Estella Buitrago, casa de María y Juan en Huertas y río Pironcillo.

En agosto estuve en Santander, en casa de Beli, y en Penagos con Miguel Ángel y Jubi. En septiembre en Almagro, estreno del *Don Duardos*. En octubre en Barcelona y Sitges. Y ahora a Portugal.

Pero no he escrito diario, a todo me pregunto: «¿para qué?», hay ahora en mí como una parálisis de voluntad, una incapacidad de participar. Sobre todo desde el 10 de septiembre, fecha en que volví al tabaco. (Dos meses hace. ¿Y si lo dejara?)

Traigo el abrigo de piel porque ha empezado a hacer frío, aunque en este tren no se nota porque lleva mucha calefacción. Ya oscurece muy pronto, es de noche total al pasar por Las Matas a las siete y veinte.

Llevo debajo del cuaderno un libro de Onetti que presentan el viernes 15, estaba invitada a esa fiesta, pero estaré en Oporto, de fados a lo mejor. La lectura de Onetti, por lo que llevo, se pasa de ambigua, no tengo tarde para esto.

He comido en Vihara, antes había ido a *Diario 16* a llevar el artículo sobre Subirats. En el autobús que me llevaba vi el arco iris y noté que se operaba un amago de restablecimiento en el contencioso que me traigo conmigo. También me inyectó cierto calor hablar anoche con Fernando Quiñones, «no te pega estar triste», y dormí muy bien en la cama grande con ropa limpia.

Llevo sin fumar desde las doce de la mañana y me molestan un poco los gestos de los fumadores. Estamos en Torreldones.

Pablo, en Vihara, me dio unas fotografías grandes, bellísimas, donde se ve en crudo mi deterioro, pero con buen gesto. Ayer por la tarde, en el colegio de Mari Cruz, después de la representación del *Don Duardos*, Morera dijo que me encontraba guapa, y la Torci, luego, que con ojo negrito.

Cierto restablecimiento puede estarse operando, era demasiada angustia, demasiado verme en mi imagen de sin pared ni pareja, a la deriva. Debo pensar, cuando me acose esta retórica, que yo pareja no la tengo porque nunca me he encontrado a gusto emparejada por largo tiempo, y que a los que piden eternidad en las relaciones les ha fallado, como a los que piden asentimiento o sujeción, que yo doy hoy una cosa y mañana otra pero que, en el fondo, no me gusta cargar con la vida de nadie. Y siendo así, ¿cómo no me voy a ver sola?

Claro que antes me resultaba más fácil emborracharme yo sola conmigo y ahora más difícil. Tengo que encontrar me a gente como Ernesto y Belí, por ejemplo, para que se reencienda mi gusto por la independencia y la libertad.

También debería pensar más en papá, no tanto en plan de llorar su pérdida como en el de recordar la fuerza de voluntad y el optimismo que conservó casi hasta sus últimos años, recordar, por ejemplo, cuánto me envidiaba cuando, al final, no era ya capaz de leer y decía, como con desprecio hacia sí mismo, hacia su cuerpo, que le había traicionado: «¡Todo el día durmiendo como un cerdo!». Y aquel enconado bostezar. Lo que él daría por sentirse ahora transmigrado en mi cuerpo, prolongada su alma en la mía y comprobar con placer que

había recuperado la destreza de poner unas letras detrás de otras y entender lo que decían, la satisfacción elemental, casi infantil, de mirar lo escrito y pensar: ¡qué fácil, qué bien lo hago!, la misma que me invadió a mí cuando volví a aprender a andar en 1949, después de aquella fiebre; entonces, cuando hay una impotencia física, real, es cuando todo está perdido, hasta entonces no.

Tal vez es que esta temporada Madrid me sienta mal, la casa con su continuo telefonar, generalmente asuntos para Marta y Carlos o recados aburridísimos para mí; tal vez para recobrar el gusto por la libertad necesitaría estar completamente sola, sí, pero entre otras paredes, no sé. Siempre nos ponemos pretextos a nosotros mismos cuando agobia la neura, cuando hay un yermo largo sin amor. Pero ¿cómo están otras personas? ¿Por qué no miro a mi alrededor? Juanjo, por ejemplo, envidia mi tiempo libre y me tiene por un ser privilegiado que puede hacer lo que quiere, como y cuando quiere, sin apuros graves económicos, con una imagen grata a los demás, un prestigio. ¿Por qué no me empeño en verlo como él lo ve, por qué no cultivar un poco la vena del endiosamiento que antes, a rachas, me servía de alimento? «Te lo diré», me canta una voz oculta, «porque te haces vieja, simplemente, y eso no te lo arregla nadie, eso es duro de pelar, guapa. Antes decías que daba igual una edad que otra, pero es porque tenías menos.» Bueno, ¿y por qué no pienso en mamá cuando tenía ochenta años? Claro que ella tenía una vida más fácil, menos problemas encima, menos contradicciones y desgarraduras en torno que hacen ya difícil el escondite, el mero saciarse con hacer las cosas bien tú y tener un rinconcito apacible, eso a mí ya me está vedado, por eso me es más difícil conservarme animosa, no puedo soñar con el futuro de mi hija, ni siquiera a solas consigo fantasear nada a ese respecto, y tal vez he llegado a una edad en que ese respaldo me podría sustituir al que he perdido, una vez muertos mis padres.

Debajo de la caja de alfileres de corbata, en el doble fondo, estaban las dos cartas que yo escribí a mamá, una un poema: «Y que serás eterna en mi memoria». No suponía aquel

día, cuando lo leí en el comedor de Salamanca, en qué circunstancias iba a reencontrarlo. Estaban Amancio y Juan Arias, nunca olvidaré ese día ni la mirada de mamá eterna, «eterna en mi memoria».

Todas estas cosas debía contarlas.

Llueve, hemos pasado Collado Mediano, no tengo ganas de fumar, voy casi sola en el vagón, un soldado dormitando, y fuera está muy oscuro, no llevo reloj, se lo regalé a D., debemos estar llegando a Cercedilla. ¿Se estará operando un restablecimiento?

Cercedilla. Son las ocho en el reloj iluminado. Volvemos a arrancar. El soldado se espabila de su modorra y enciende un pitillo. Tengo que sacudirme la modorra, dejarla para los que no pueden hacer otra cosa, no seguir tirando mi vida a la basura, reaccionar. Una novela como la de Onetti o mejor, en cuanto me ponga. Di, Calila, ¿no te tienta esta noche, en este tren, empezar una novela?

De todas maneras, es curioso lo que me estimulan los viajes invernales a Segovia. «Mettez-vous à genoux et la prière viendra.» Si Amancio me ve entera, serena y algo enigmática, reviviré. Debo tender a revivir en los amigos, seguir siendo su espejo. No vuelvo a Segovia desde julio, la última noche me tiró Lola desde su balcón de la plaza la falda morada que cayó planeando como un paracaídas. Se la llevo para devolvérsela. ¡Es verdad, no me había dado cuenta! ¡Veré a Lola!

O sea que un ciclo de tres meses y medio desde que Lola me tiró la falda en la Plaza Mayor de Segovia y yo despeluchándome por dentro como una tonta, de manera enfermiza, dándole coba al morbo de sentirme sola o marginada, cuando todo eso lo puedo convertir en bajas favorables y comerme al mundo desde mi soledad, convertir la soledad en faro, «sólo desde nuestros sueños elaborados de soledad», viene a decir Eduardo Subirats en sus *Figuras de la conciencia desdichada*, la crítica del cual he entregado hoy, cuando vi el arco iris. Y ya ves, ahora pienso que ese libro, que me hundió, puede ser el principio de mi restablecimiento (que constato que continúa igual que continúa lloviendo) porque tal vez el mu-

chacho de mi sueño de anteayer (posible iniciación de *Cuenta pendiente*) sea una transformación de la foto de Subirats que viene en la contraportada del libro, medio angélico medio diabólico, un tanto joven.

Y hemos pasado San Rafael, ya noche cerrada y yo dándole sin parar a mis palabras, qué ejercicio tan sano de drenaje, no leer, no pensar lo que se pone, es una forma de escribir que no tiene parangón y sólo se me da en los trenes, escritura-tren.

Y además, ¿por qué forzar tampoco el ritmo de mi trabajo? La traducción de Perrault viene bien para rellenar este bache de desgana. Pues bueno, la voy haciendo poquito a poco, y si se introducen otras tentaciones más inspiradas, acogerlas con benevolencia y escepticismo, no arrojarse tampoco ávidamente a su captura, como si se tratara de exprimir un limón. «Hay tiempo», me dijo el joven desconocido, «otro día me lo tienes que contar bien.»

Sí, eso, otro día, ni designio ni azar, ni en uno mismo inmerso ni extroverso, ni pasión ni desdén, ni a cualquier viento hoja ni el paso altivo y fuerte. ¿Por qué desoigo mis consejos antiguos? Debo pensar que si a los demás les sirve, a rachas, lo que yo les digo, es injusto que no me valga a mí misma. Contando con que además yo no necesito alimentarme sólo de lo rancio, pues menudo rollo recientito me traigo desde Madrid, y qué curativo, diga lo que diga, que aún no me he releído nada y creó que tenemos que estar llegando a Segovia.

Madre mía, dos horas, y lo que solía hacer yo en Madrid estos días de atrás con el tramo de seis a ocho, tirarlo a la basura, o mejor dicho, al cenicero. Y darle miles de vueltas para sacar tres líneas de una holandesa. No hay como montarse en un tren. Aunque tal vez el estilo no sirva, pero ¿quién dicta esos criterios de validez?

Estamos en Ortigosa del Monte, había aquí un resto de mosaicos representando una bañera y otros asuntos de fontanería en la pared de una vieja fábrica, no sé si habrán tirado esa pared, es de noche cerrada y no veo.

Navas de Riofrío, las nueve menos veinticinco. Aquí vivimos de excursión en junio del 76. Comimos en un campo y había allí una casa abandonada, de donde luego vinimos a robar otro día la cama de madera que ahora está en casa de Lola.

Estamos llegando, qué viaje tan grato, no cantaré victoria pero parece evidente que se está operando un claro restablecimiento. Los caminos del humor son insondables, mañana... ¿Verdad que todavía no soy mujer acabada? Menos mal que te ocupas un poco de mí, me tenías muy dejada, ea, pues, señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos.

... Y Amancio estaba a esperarme en la estación. Y estando arriba en la buhardilla al amor de la Chubeski llamó Anita, y contó que, mientras yo venía de viaje, se pusieron Finuca y ella a tratar de coser en la máquina de mamá y que no había manera, no quería. La última vez que cosió ella en esa máquina es cuando papá cayó muerto en el comedor el 18 de octubre, estaba cosiendo unos pañitos, uno de los cuales le metí yo a papá en el bolsillo del traje negro, cuando lo amortajamos Sofía y yo. Y esta tarde, nada, que la máquina no cosía y a base de tesón de Finuca, y sin que nadie sepa cómo, de repente, al cabo de una hora o dos se operó el restablecimiento, es increíble, no se explica por razones naturales, tal vez pasó cuando yo venía rezando, ea, pues señora abogada nuestra.

Ya estoy metida en la cama, mañana será otro día.

2 de diciembre, domingo

No me doy cuenta de lo que tengo, lo pensaba hoy, viendo de repente la luna llena desde el taxi que me llevaba a las seis a *Diario 16* para entregar con el tiempo justo el artículo «Fume, compadre» que he hecho a toda prisa y a última hora, salvando milagrosamente los obstáculos. Hay mucha gente que va al cine o al teatro (anteayer vi *Los veraneantes* de Gorki con

Anita en el Bellas Artes y también lo pensaba) y se hunde en un libro en busca de una historia menos apasionante que las que a mí me rodean casi a diario. Hoy por ejemplo ha sido el remate de la que se desencadenaba en torno desde la primera llamada de M. Luisa el jueves y que se podría llamar, a toro pasado, «La rendición de M.», en la cual he tenido tanta parte.

Qué cosa ni mínimamente parecida a ésta (con personajes en torno tan de Jardiel Poncela) podrían vivir esos componentes del dulce encanto de la burguesía que malamente disfrutaban su hastío el mismo jueves por la noche en casa de D.

Y el día anterior me había llamado el sevillano Justo Ruiz Frutos y habíamos estado en el estreno de *La dama boba* en Espronceda 34 y yo con mi sombrero de velo, entre la tira de gente conocida, y yo siempre como náufraga, sin emparejar con nadie detectable o que dé pistas, es mi estilo completamente peculiar, que nadie lleva adelante, por mucho que me cueste no voy a renegar de él.

También de sombrero con velo fui el 21 a la presentación de Fernando Quiñones y antes habíamos estado la Torci y yo comiendo con Manolo Marinero y luego yo sola en mi casa con él tomando copas y se me fue la noción del tiempo y llegué a la presentación con el tiempo justo.

Y el domingo pasado una mañana hermosa de este otoño soleado e incomparable con Olga y Pablito viendo el titiritero en el Retiro, junto al Palacio de Cristal, también de sombrero.

Y trasnochando en El Sol, una noche con J.A. Arias y otra con Josefina Pascual y Adolfo Arrieta y es cuando encontré a Joaquín Hinojosa y me dejó entradas para *Los veraneantes*.

Y esta noche, al volver de entregar en *Diario*, oyendo boletines del disco que Manolo Marinero me dejó («Pérdida, ésa sí que fue pérdida») mientras la Torci terminaba, con eficacia admirable, su redacción en inglés sobre un accidente.

Y no sé por qué me quejo ni de qué ni con qué fundamento.

10 de noviembre de 1980

A nita me manda recortes de *El País* y ya no veo tan lejos la firma de Miguel Ángel, las palabras de Felipe González, una entrevista al Dragó.

Estuve esta mañana, al salir de clase, a ver el escaparate que me han hecho en 5.<sup>a</sup> Avenida con la calle 19. Luego me vine caminando por Madison, era una mañana ventosa, hasta el Instituto de audiología.

Volví a Barnard, a ver si me arregla Marcia lo del vuelo de regreso. Todo va a una mecha precipitada, no me da tiempo a recapacitar.

Volví a casa cansadísima, después de hacer compra. (Me he andado todo Madison.) Tenía en el desk las fotos de Maine. Comí un poco. Vino Marie-Lise Gazarian, quiere promocionarme. Se estuvo tres horas. Llama Philip. Llama Linda. Llama Flora. Llama Marcia. Llama Roberto. Le remedio una corbata de papá. No puedo más. Y los pegotitos pendientes.

12 de noviembre (las tres y media)

Acaba de ponerse en movimiento el tren que me lleva a New Haven; es cómodo, no va nadie sentado a mi lado, hace sol. Es el tren que va a Boston.

Acabo de tomarme un vaso de caldo con tropezones que compré en el hall de la estación, mientras esperaba que se en-

cendiera en el tablón central el número del andén que tenía que coger: el once.

En el asiento de delante del mío, asomándose de rodillas por una rendija, me espía una niña negra con trencitas, a la que debo llamar la atención no sé por qué. Le sonrío y me hace muecas. El caldo estaba bueno, un poco picante. Voy con la falda larga de cuadritos, la gorra gris y la zamarra gris con cuello de piel.

Ayer estuve en Bronxville, en el colegio Sarah Lawrence, con Roberto y con intérprete simultánea. Show por todo lo alto. Y luego charla con los alumnos, con vino y queso. Me trajeron en coche y he dormido diez horas.

Esta mañana le he mandado a Marta vía Malefakis el vestido amarillo que compré ayer. Y Flora me ha regalado una chaqueta de terciopelo divina. Y me ha escrito Amancio, que me manda la cinta del Lelia Doura. ¿Qué más?

Hace un tiempo despejado y ventoso, con las hojas secas se arremolinan periódicos y cajas de cerillas con el rostro desteñido de Carter que empieza a desprenderse de la historia (qué lío de puentes bajo el sol de la tarde, de rascacielos, a la izquierda brilla Manhattan). El tren lleva bar.

A Anita le prorrogan el contrato; mamáña, gracias.

*Thanksgiving. 27 de noviembre  
En el coche de Marc y Joan. Camino de Baltimore*

Me he dormido en el asiento trasero, he abierto los ojos y era como aquel día que venía en la ambulancia de la Cruz Roja que me traía de Madrid a Salamanca, abrir los ojos entre una especie de fiebre y ver sólo árboles. Y saber que te llevan. Pero entonces era el alma que quería salir del cuerpo y ahora es el cuerpo que quiere salir del alma, imponerse sobre ella. Estaba exhausta.

Cómo venía de lleno y de alborotado el tren que me traía de New York a Philadelphia. Ya el subway no llegaba a la calle 116, eran las 10. Y luego una chica en Pen Station me

acompañó por el camino más corto a sacar los billetes. «See you later.» Pero no la volví a ver.

En la plataforma del tren, donde me metí a codazos, iba una pareja de amigos, rubio y moreno entre fachas y gays, el moreno afeitado, el otro con bigote, fumando. Fue a mí a la última que dejaron entrar. Luego, en el otro vagón pidieron un doctor porque alguien se había puesto enfermo.

Ví a Marc, en la estación, después de diez minutos, como al ser más amigo y amable del mundo.

Ahora, con el cuadrante debajo de la cabeza, contemplo, como entre un extraño delirio, los árboles desnudos. No se adónde me llevan. Me han dado vino y pasas. Thanksgiving.

*Al día siguiente  
(El mismo coche, con Brownny, que me lleva hacia Darlington)  
(Después de comprar en Lehmann's con Joan)*

De vez en cuando veo cementerios entre la niebla al pasar, aquí que todo el mundo se preocupa de lo material, de sacarle brillo (con esfuerzo que los agota) a los adminículos que triturar la basura y se tragan el excremento.

\* \* \*

El miedo a perder las cosas, a olvidarlas (en un autobús, olvidar el abanico). A perder lo que uno es (desde niños, lo tenemos, nos riñen si nos hemos dejado la cartera).

*20 de diciembre  
Hacia casa de Flora (Englewood en el M. 5)*

Un día gélido pero de sol brillante. Vengo de oír la voz de Amancio en el hotel Alcott, junto al Dakota, en un magnetófono barato de periodista con resonancias insoportables.

Estoy a la altura de la calle 103 con Riverside, el sol brilla

rabiosamente sobre la superficie bruñida del río Hudson, por el cristal del autobús entra frío y por el fondo del asiento de plástico azul un calor de quirófano. Me siento alegre, la cabeza se me asienta, voy poco a poco orquestando los proyectos de mi despegue de New York, mezclando la nostalgia con el buen sentido, para que no se me olvide ningún recado fundamental. Esta mañana le he devuelto a Ana Silver la radio que tanta compañía me ha hecho en estos meses. Pero hay que tirar p' adelante. Todavía queda fiesta por delante, una fiesta inesperada y distinta. Llevo el gorro de lana con las plumas.

Felices Pascuas, Calila. Sé tú. Puedes escribir tanto todavía. Claro que eso pensaba John Lennon, que tenía cuarenta años de vida por delante y ya ves. Pero tú vive. I don't care about future. There's only present. Y el presente —ahora— es tan pleno. Lo puedo hacer mío. Escribir el poema de New York. Esta mañana estuve dándole ánimos a Ana Silver para sus escritos. Claro que ella tiene diecinueve años. Pero eso, ¿qué significa? Añora, en cambio, la madurez y la sabiduría, se debate en timideces. Hay que aprovechar el tiempo. Llenarlo al máximo de uno mismo. ¡Qué ancho el Hudson! Ya se ve el C.W. Bridge con la desembocadura. Dentro de unos minutos lo cruzaré en autobús. Pero ahora lo veo mejor, antes de llegar.

### Clave de sombra

Este cuaderno me lo regaló Marisé el lunes 16 de febrero de 1981, a mi vuelta de América.

\* \* \*

La vida es este tropel discontinuo de imágenes que cabalgan por pasadizos abovedados en cuanto cierro los ojos y depongo el dique que mis proyectos o mi voluntad o mi estar alerta al reloj suponen para su vocación de desbordamiento. No hay otra cosa más que su sucederse ciego, exuberante y también las arengas que dirijo y por el orden que se las dirijo a los



20 de febrero de 1983. Domingo

He visto amanecer un día sonrosado, silencioso. Mirando las nubes levemente teñidas de aurora, me pregunté con los ojos perezosos de sueño, por qué he dejado de vibrar con los amaneceres, y, en general, ante cualquier manifestación de hermosura de la Naturaleza. Es como si pusiera un dique entre ella y yo, como si no me entrara.

Estoy rodeada de ropas desordenadas, la maleta gris abierta. Me ha llamado Philip, que viene en *Diario 16* la entrevista donde hablo por primera vez de *El cuento de nunca acabar*. A la una sale mi avión para Dublín.

23 de febrero, miércoles

Las tres de la tarde. Estoy montada en un tren que me lleva de Dublín a Cork. El alivio y la felicidad que siento ante la perspectiva de tres horas de soledad después de estos días en que apenas he estado sola más que a la hora de dormir y no he parado de conocer a gente, es algo que me hace rejuvenecer. La tarde está nublada, el tren lleva buena calefacción, el paisaje es un tanto galaico.

La estación de Dublín tenía un armazón de columnas metálicas pintadas de gris y grandes baldosas blancas y negras. Fuera, el alféizar de las ventanas estaba recubierto de gruesas y brillantes placas de cinc dorado.

Éste es un primera enmoquetado de amarillo sucio y con sillones color mostaza uno frente a otro, separados por mesita. Ha venido un camarero a preguntarme si quiero tomar algo. Me siento desligada de todo, libre y perdida al mismo tiempo. Me pongo a leer *Cumbres borrascosas*. De repente tengo veinte años.

(Anoche cena en casa del embajador de Dublín, la misma casa donde vivió Máximo dos veranos. Luis Jordana de Pozas es una persona de atractivo antiguo, rezuma ese «saber estar», ese aplomo varonil que tanto me gustaba en los hombres cuando era joven. A él también le he gustado yo, tal vez por lo mismo. Ha aludido a mi condición de bruja. Tiene un sentido del humor fuera de lo corriente, es dulce, educado, y totalmente anticonvencional. Quisiera volver a verle antes de irme.)

Portarlington. (Ni un alma: lugares fríos, con vallas grises cubiertas de musgo y árboles desnudos, humo, desolación, lugares como para que tenga lugar en ellos un crimen rural.) El tren me despabila, derriba esas fronteras entre yo y lo de fuera de las que me quejaba precisamente al comienzo de este cuaderno. Nieve a rachas en los campos verdes, como remiendos separados unos de otros por setos y ligeros cambios de nivel.

La nieve se ha intensificado. Cuervos negros y orondos campando por sus respetos sobre la manta de nieve en Templemore, son las cuatro, mis ojos se llenan de descanso, de blancura, de libertad. Nadie de la gente que me conoce en España sabe que estoy en este tren. El placer infantil de esconderse, de pasar desapercibida, «que no me encuentren», como la Tali de *Entre visillos* (historia, by the way, de la que estaba hablando ayer en clase y que les gusta a las irlandesitas, que he leído frente a la grabadora esta mañana y que en la televisión española pasarán dentro de un par de horas.)

Aunque E. Brontë pueda decir de Heathcliff «su repugnante conducta» o cosas por el estilo, lo sigue presentando como aureolado por la grandeza de su maldad, lo señala como la excepción de la rutina, como el personaje capaz de

pasión extraordinaria, es el protagonista, ya que Catherine le ha amado más que a su marido, por salvaje, montaraz, resistente, pisoteado en la infancia, esclavo de su oscuro nacimiento. Y todas estas características le convierten en el rey de las tinieblas, del «non serviam», heraldo del abismo al que se regodea en asomar a los demás. Hasta la narradora es incapaz de resistir la obediencia a su maligna fascinación. (Y en cierta manera lo justifica. Pero más lo justifica la propia E. B. permitiendo que pueda más que ninguno, que brille sobre todos con su sombrío pero fulgurante poder de influencia.)

No hay introspección psicológica, pero se adivina que E. B. comprende a Heathcliff por sus sufrimientos infantiles. Los orígenes ambiguos, ¿quién soy yo?, ¿por qué me desprecian? Y eso le ha envenenado. A la luz posterior de tantas malas novelas «de complejos» esta de E. B. resplandece por su audacia. Directa. Inmoral. Así era Heathcliff. Porque sí. Aceptad su reino de indiscutible tiranía. Os arrancará los prejuicios contra el pecado y el mal, de la misma manera que arrancó sus fincas a los Earnshaw y los Linton, arrollando devastador por encima de las nociones convencionales de orden y justicia, desalmado, implacable y voraz como un torrente, como un incendio.

El niño débil que quiere forzar la atención de los demás mediante la compasión. Rabieta de Linton para impresionar a Cathy. Narración tánatos. El placer de la escapatoria. Cambiar de cárcel. El paraíso ya ha dejado de servir. Se ha convertido en cárcel y nos dispara hacia otra. «No sabía a ciencia cierta qué convenía ocultar y qué revelar.»

Nelly Dean, la confidente testigo que se despedaza de impotencia. Mala conciencia de N. D. por haber sido clemente. Contradicción entre los sentimientos de felicidad y desgracia experimentados en idéntico acorde. La luz, de pronto, se descubre que no está separada de las sombras. El atractivo de los seres diametralmente diferentes. ¿Por qué vas con él? No me puedo explicar cómo te gusta.

Los seres que dependen de Heathcliff (su hijo, Hareton) tratan de remedar su maldad, pero sin éxito. Rebotan sus

intentos, se les clava en la propia carne el veneno que tratan de inocular a otros, son seres débiles, impotentes, rotos. A Heathcliff la maldad lo ha hecho de una pieza, ha fraguado en ella. Y no le salpica.

Estamos en Mallow, un pueblo que parece mayor, porque la estación es mejor. Paquetes, fardos, carretillas. Parece zona industrial. La tarde está cayendo, son las cinco y media. La nieve se ha fundido. Y la sustituye una intensa niebla. Las copas de los árboles, con el dibujo fino y entretejido de sus ramas huérfanas, se difuminan contra un cielo vacío, sin profundidad, algodonoso. Charcos en las losas. ¡Qué idéntico es Irlanda a como me lo imaginaba!

\* \* \*

En Cork me esperaba Terence Folley, el jefe de departamento de español de University College, un hombre como de mi edad o algo más joven, un calvo que ha debido ser pelirrojo, inglés afincado desde hace años en Irlanda. Cené con él y otro profesor joven de veintiocho años, que apareció luego en un restaurant franco-italiano en la calle principal de la ciudad. El joven se llamaba Stephen Boyd, se dedicaba a estudiar a Cervantes y era gran admirador de Ruth El Saffar.

Dormí en una especie de albergue de carretera, cama individual, paredes empapeladas de amarillo, lavabo en la misma habitación, empotrado en madera. A la mañana siguiente visité Cork con Terence y a orillas del río Lee en una librería de viejo compré una edición muy bonita de *Alicia en el país de las maravillas* para la Torci. Visitamos también el mercado y anduvimos por las calles en cuesta. A las doce comimos en la Universidad y a la una fue la conferencia.

Terence me ha contado miles de historias y de sucesidos que me van familiarizando con la anarquía y el carácter de los irlandeses (la muerte de tío Charles, mientras el loquero hablaba con su familia, la aparición en el teatro de un condenado a muerte que sobrevivió al patíbulo, qué sé yo).

En autobús de Cork a Gallway. Llegué a las ocho. Me estaba esperando un «barbitas grises», el chairman del departamento de español. Me acompañó a casa de Maribel.

### *La Reina de las Nieves*

*San Fiz de Vijoy. 13 de agosto de 1983  
(ayer estuve en el Faro de Mera)*

#### I

Casi todas las tardes a la misma hora, la señora de la Quinta Blanca salía a dar un paseo hasta el faro. Cuando las excepciones a esta costumbre no coincidían con un notorio empeoramiento de las condiciones climatológicas de la zona, los habitantes del pequeño pueblo que queda a mitad de camino entre la Quinta y el faro quedaban sumidos en una rara inquietud, y aquella sensación, mezcla de desamparo y estupor, se prolongaba hasta la noche. La ausencia de la señora, se mencionara o no, había sido detectada por todos y proyectaba como una nube oscura sobre el final de las tareas agrícolas, las cenas frugales, el regreso de las bestias al establo y las partidas de dominó en la taberna emplazada junto al primer repecho de la cuesta que lleva al faro abandonado.

Desde que, diez años atrás, compró y reformó la Quinta, cerrada a cal y canto a raíz de la muerte de su anterior propietaria, eran muy pocos los que se atrevían, so pena de ser tildados de fantasiosos, a ampliar con fundamento las escasas noticias que se tenían sobre su vida privada: que venía del Brasil donde quedó viuda de un rico hacendado sin vínculo alguno con aquella región y que su marido o ella o ambos habían mantenido durante años una relación bastante estrecha con el hijo único de doña Inés Vázquez, que estaba enterrada en el cementerio del pueblo, «la señora de antes», como empezaron a llamarla algunos poco después de llegar esta otra a tomar posesión de la vieja Quinta cerrada, cuyas gruesas

autobús el fin de semana anterior (justo hoy hace una semana) me acuerdo en este hotel de Broadway, a las seis de la madrugada.

Y me he levantado a ver amanecer. He dormido diez horas de un tirón gracias al somnífero de Rafael, la cajita dorada. Y se ven en rojo las letras G. W. del rascacielos ese, de Columbus Circle. Este hotel está frente al Lincoln Center. Las ceremonias de la presentación de *The back room* no sé aún cuáles serán ni me importa mucho. Lo que más me aburre es la transición entre el despertar y el nuevo sueño.

Y ayer se cumplió ese pasar de un trance a otro sin esquinan. Volé en cabina alta, sola junto al capitán que me salió a saludar. De verdad, oye, Calila, que no es un sueño megalómano. Yo estaba abajo, hablando con un gallego de la puebla de Caramiñal que vive en el Puerto de Newark, New Jersey, desde 1956 y venía de ver a sus padres viejos, y de repente apareció Inmaculada de Habsburgo y me situó arriba con el presidente de New York University y luego ellos se bajaron y me dejaron entregada a los cuidados de la azafata Conchita M., que me contó su historia de mujer separada, me dijo que cuánto le gustaría saber escribir y me regaló un neceser de los que les dan a los clientes de primera. Y luego ya nada, fue un vuelo. Y estaban Marçia y Flora con el coche amarillo.

Y ahora tendré que planear mi día. A las cinco viene Philip de New México, y mañana Joan. Y tendré que contactar con los de Columbia University Press y con Manolo Arroyo. Pero antes voy a dormir un rato más.

### *The back room*

«This way, with my eyes closed, I can imagine that he is a friend I've known all my life...» (cf. con la sensación totalmente opuesta que experimentaba Elvira frente a Emilio en *Entre visillos*). Toda mi literatura oscila entre lo excepcional soñado desde lo cotidiano y al revés. Porque lo excepcional cuando se tiene da miedo y se quiere convertir en rutina, no se aguanta.

(Con Joan en The Theatre Coffee Shop antes de la presentación en The Hispanic Institute.)

Sensación de primera vez, de renovación, de volver a los orígenes. «The room in fact does strike me as a very pretty one, as though I were seeing it for the first time in my life.» I'm haunted.

9 de noviembre de 1983  
*Camino de Vassar by train*

Tarrytown. Se ha visto el mar a la izquierda. Los cristales van muy sucios. Son las nueve y media. Acabo de leer el *New Yorker*.

Ossiming. (Me he cambiado al único asiento con cristal limpio. Venía ocupado por una negra con dos niñitos que venían fascinados mirando el mar, casi sin alborotar nada, soñando desde su miseria viajes maravillosos.) ¡Qué alivio ver el paisaje! Abuelita, abuelita, que ya me han vuelto los ojos. ¡Dios! ¡Poder mirar! Como ayer tarde por Madison, después de firmar libros junto al Witney, con la uñita-luna sobre los rascacielos, flaneando sola entre la multitud, comprándome un bolsito gris en la calle, tomándome una naranjada en la calle, que me despachó un griego charlatán e hispanoparlante, esperando un autobús en la calle para llegar al Empire antes de las seis, siempre en la calle. (Y luego ir a cenar a Fiorello's con Germano y su mujer Diane, una gafitas flaca y dulce.)

Croton-Harmon nueva estación. Aquí se ha bajado mucha gente. Hace una mañana de sol maravillosa y los árboles amarillean. Llevo puesto el traje que me hice para la presentación de *El cuento de nunca acabar*, pantalón y chaqueta malva, jersey de cachemir verde. Y a la noche, ¡a la Golden Gala!

Ayer y anteayer con Joan, dos amigas de Instituto preparando sus deberes en New York, ... «You miss the train!», ¡Había que hacer transbordo! ... Acaba de venir uno con un walkie-talkie y me ha dicho que he perdido el tren. Un negro,

compadecido, me ha acompañado a la compañía de taxis y en uno de ellos voy ahora.

\* \* \*

Estoy sentada en la biblioteca de Vassar, mientras Randolph busca bibliografía sobre Dashiell Hammett para la Torci. R. me ha recordado que una alusión a *El hombre delgado* aparece al final de *El cuarto de atrás*. Yo no me acordaba. ¡Cómo se enhebra todo, parece mentira!

El taxista que me llevó a la estación desde Croton Harmon, Randolph que no aparecía, la rubita de flequillo que llamó a la Universidad de Vassar desde allí... y por fin este final de paz y de otoño.

(En la comida, en el restaurante universitario, estaba también María, una chica de Madrid, cuya madre es *fan* mía, al parecer. Y la mujer de R. embarazada. Y Anita. Y otros dos profesores, uno colombiano y otro nativo of the States.)

Me trae Anita Lasry en su cochazo, una profesora reciente en Vassar con gorra, amiga de Inmaculada, casada con un agente de bolsa. Me ha ofrecido su casa en Central Park West.

*Día 10 de noviembre*

Por Riverside Drive en autobús, muy temprano, desayunando el café que había pedido en el The Theatre Coffee Shop para tener cambio. Otoño, hojas caídas, el Hudson, y un chico con las rodillas en pico contra el asiento delantero. Íbamos solos, le imité, el café se bambaleaba. Me bajé en la 116 y le dejé a Philip en la Casa Hispánica los libros que le manda Eugenio Granell, uno de ellos *Los niños de la guerra*.

(Ya ves tú, ayer iba hablando de Aldecoa con el maravilloso Randolph de Poughkeepsie a Vanderbilt, y hablamos también de ajedrez y de santa Teresa, ante aquel paisaje infinito que es como puerta a la eternidad, «éste es el parque que Dios habría construido si hubiera tenido dinero», con el an-

chísimo Hudson fluyendo, separado de nuestros ojos por unas praderas onduladas, que daban ganas de acostarse y bajar rodando por ellas hasta la orilla del río, y a la otra orilla monasterios diseminados, y árboles de colores, todo con muchísimo sitio, con una generosa pérdida de sitio, qué derroche, y un humo suave de atardecer nimbando ya al oro del día, estábamos sentados en un banco, y yo dije «parece mentira que, mirando esto, que es como el paraíso, pueda haber guerras y estarse resquebrajando el mundo, y la bomba atómica, y los ibeemes y tanta miseria y tanta irracionalidad», y fue cuando hablamos de santa Teresa.)

... Bueno, pues cuando salía de la Casa Hispánica, me encontré con Philip que venía de devolver su traje de etiqueta, en la esquina de Broadway con la 116 y caminamos un rato juntos hasta la editorial, y me daba risa que fuéramos del brazo vestidos de normales y anoche disfrazados de príncipes, y se lo dije, está guapísimo Philip ahora, mucho más delgado. Y en la editorial me dijeron que el 21 da un cóctel para mí Elisabeth Hardwich. Y les conté mi aventura de pérdida del tren en Croton Harmon, y estuve escribiendo una carta para Helen Lane.

Y salí un rato, al banco y a la librería de Columbia. Y allí me encontré a Juan Benet, con su bufanda larga, compramos dos postales de Poe, y luego al salir le dijo a la cajera: «Es usted muy amable. Pero el lápiz es muy malo». Y yo le dije que llevaba muchos días sin reírme. Porque aquí la gente se ríe poco. «Sí se ríen», dijo él, «pero de nada. Y todo se organiza muy mal.»

Comí en el griego de la 113 con Moore, Ken (portadista barbitas) y el corrector de pruebas, que ha puesto red light para «el escondite inglés», rubio, un poco grandote, que está embrujado con *El cuarto de atrás*. Al salir dijeron «It's about to rain», y yo me fui al cine a ver *The rear window*, de Hitchcock, con Grace Kelly y James Stewart. Y al salir, ¡Dios mío!, qué temporal, yo tenía que llegar en tres cuartos de hora a la fiesta de la Columbia, llegué empapada al hotel a cambiarme, me puse botas, pantalón negro y blusa de encaje bajo el abrigo

13 de noviembre

Hice mis maletas, una para dejar en casa de Anita y otra para llevar. Desayuné en Orloff y luego me di un paseo por la 5.<sup>a</sup> Avenida. Entré en St. Patrick a rezar. Había mucha gente en filas para comulgar. Tomé agua bendita y pensé en Borau, en cómo ha cambiado su vida de ocho años a esta parte. Luego bajé por Madison hasta la 86 y fui a mirar las chaquetas de Orva (86 con la 1.<sup>a</sup>) para llevarle a la Torci. Estaba cerrado, porque es domingo.

Ahora escribo en el tren. Me ha traído Marcia en el coche amarillo, un maletero negro me ha acarreado la maleta hasta el andén. Es un compartimento muy limpio y confortable de Amtrak. Se ha sentado a mi lado una rubita muy simpática de pelo rizado, natural de Indiana, que también va a Charlottesville y viene de New York de ver a su novio. Me ha preguntado en seguida por mi vida, cómo se hace en los viajes en España, y le he enseñado *The back room* porque lo llevaba en la mano. Ha dicho «Oh, how exciting!» y me miraba maravillada.

Esto no soñaba yo que me pudiera ocurrir nunca en un viaje de New York a Virginia; es la guinda encima de la copa de helado. Ahora tiene el libro entre las manos y se va a poner a leerlo, según parece. Yo no le voy a decir ni que sí ni que no, pero lo cierto es que ya lo estaba hojeando, y esto me produce una excitación que rebasa los límites de lo imaginable. A la derecha se ve un field amarillo seco con palos de teléfono, el tren se ha parado no sé por qué, como pasó en *Entre visillos* cuando se pararon a comprar sandías, ¡qué lejos estamos de aquello! Pero, al mismo tiempo, ¡cómo se enhebra todo!

Ayer por la tarde la cubanita traía un gráfico en la cartera donde se estudiaban todas las conexiones de *El cuarto de atrás*, era una papela estrecha y larga como la de los «estrechos» y me hizo gracia que hubiera sacado ella tantas cosas en consecuencia.

He ido al bar a buscar un perrito caliente, una cerveza y un «assorted cheese», lo dan todo en bandejitas y platitos de

plástico que hubieran entusiasmado a la niña de *El cuarto de atrás*. Hemos pasado Philadelphia y empieza a caer la tarde.

Se me ocurre para la conferencia de Charlottesville: «Las conexiones significativas». La vida es un tejido de conexiones significativas. Se trata de verlas o no. Cuando se ven se origina la literatura. ¡Cuánta gente se fascina y cae de rodillas ante una historia de ficción y es incapaz de apreciar lo que de novelesco tiene su propia vida! ¿Por qué? Porque no saben crear una novela, y es una capacidad que nadie propicia ni estimula, se obliga al alumno a encontrar con lupa significaciones en el *Quijote*, pero no a mirar una calle desde el autobús, a poner la antena versus radio vida.

Nos acercamos a Charlottesville.

En la estación estaban Chip, Chris, Virginia, Paulina y los Herrero. Traía el «comité de recepción» árboles y globos. Cena en casa de Merche. Chris se ha dejado barbita. De repente me parece otro.

14 de noviembre

Todo el día con Merche. Shopping. Hablando, cosiendo, preparando tortilla para la noche. Vuelvo a la universidad (¡cuántas veces había soñado volver aquí!). Y a la noche la conferencia informal en la Casa Española. Estrené mi traje gris con un collar de Merche. Habían llegado Carmenza, Candelas y Gregorio. Estaban también Thomas y Fernando con la guitarra. Hablé media hora y luego hubo coloquio. Hubo canciones y champán hasta muy tarde. Desde la terraza de la habitación se veían las escaleritas que bajaban a mi antigua casa.

15 de noviembre

Virginia-Charlottesville. El año pasado di aquí mi mejor clase para conmemorar el aniversario de la muerte de Aldecoa. Hoy también le he dedicado un recuerdo desde el principio

del día. Así, protegidos por el recuerdo de nuestros muertos, rindiéndoles este culto mudo y entrañable, ellos velan por nosotros.

Amaneció lloviendo. Había dormido poco y me levanté con clavo. Comí con Chip y Glenn (el profesor de italiano) en un restaurante del corner. Luego fui con Chip a la biblioteca a buscar bibliografía para la Torci sobre Dashiell Hammett. A las cinco me vino a buscar Merche allí y me llevó con Paulina nuevamente a Once Again With Style donde completé el conjunto de smoking y me compré una chaquetita negra de lentejuelas. Luego volvimos a casa de Merche. Vinieron David Gies y un matrimonio de Edimburgo y yo, vestida de señora, fui con ellos y los Herrero a cenar a un restaurante de pescado.

Volvimos a casa. A Javier se le había estropeado el coche y estaba un poco de mal humor. Merche y yo nos quedamos en el salón sentadas en el suelo subiéndole el jaretón a los pantalones negros. Eran las doce menos cuarto. En esto se oyó la puerta de casa y entraron cuatro encapuchados con papeles de periódico, me echaron un abrigo por la cara, dejaron una nota a Merche y me raptaron. Decía: «E. T. quiere volver a casa». ¿Cómo lo habían adivinado que quería volver con ellos?

Había una tal Ramona, que no hablaba más que inglés. Era la que me llevaba cogida por las muñecas dentro del auto donde me habían metido. Nadie decía una palabra y casi tenía miedo de verdad, vivía aquel teatro, y amaba a mis raptadores. Sabía que la idea era de Chris. Estuvimos tomando vino y ellos una pizza en el corner (Chip, Virginia, Ramona y Chris). Yo les conté *La Reina de las Nieves* pero ¿qué más cuento que el que estaba viviendo?

17 de noviembre

Todo esto lo voy escribiendo en el tren que me lleva de Washington a Philadelphia, donde me esperará Marc, el marido de Joan. A Washington me llevaron ayer en coche Paulina

y Merche y después de comer en la calle M. (Market House) me llevaron a casa de Moraima Semprún, donde he dormido.

Tuve: 1) una conferencia en James Mason University; 2) un cóctel en casa de Moraima, donde antes subí a cambiarme y a vestirme con el chaleco de lentejuelas; y 3) una cena en mi honor en casa de Carlos Abella, el agregado de asuntos culturales. Tienen una casa de cine y la cena era ídem. Carlos es de La Coruña, un canoso guapísimo y charming, habló de una posible beca para mí. Era todo como un sueño. Les dejé el *neverending tale*.

Esta mañana John, el marido de Moraima, me ha acompañado a este tren en el que escribo, previo un paseo por Constitución Ave. y me ha dejado entregada a los cuidados de un maletero. «We have time to spare!» Antes he desayunado con Moraima y ella me ha hecho una entrevista. Es una mujer con buenos contactos y que se organiza de maravilla, la conocí en el 79 en Yale, se parece a Jeanne Moreau, es prima de Carlos Semprún, habla de la casa de Alfonso XII, dice «mi tío Pepe» (era hermano de su madre)... y a mí me da risa y hasta un poco de miedo que terminen *this way* las celebraciones about *The back room*. Todo se coordina por la magia, eso es evidente.

Me voy a poner a leer un poco el *National Examiner* donde dice en la portada: «Use your birth sign to get rich». A ver si cuela.

De repente, pasado Baltimore, veo un letrero rojo encima de una especie de fábrica, donde se lee Martín Marietta, me he quedado de piedra.

¿Qué nos dijo el hombre del tren? Stop and go. Disaster narrowly averted.

It's the first trip I do in the States without suitcase and without glasses.

18 de noviembre

Lorenzo vuelve con Casilda, parecería regresión pero es que ha descubierto el amor. Volver por amor al huevo de madera.

Cuaderno que me trajo Máximo de París  
en la Semana Santa de 1983.

*16 de junio*

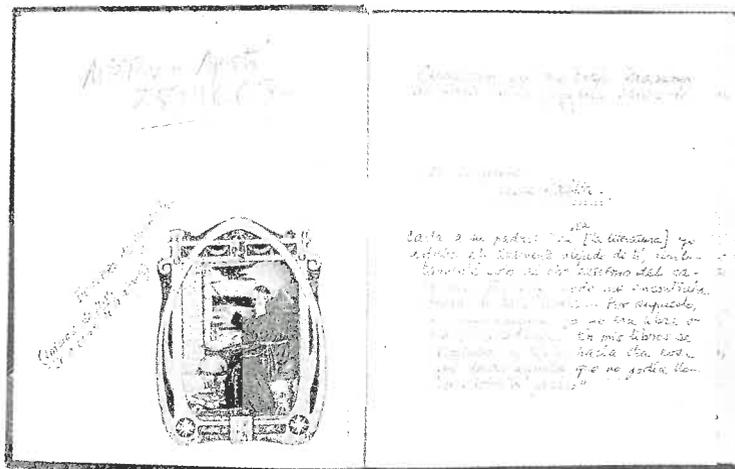
Sobre Kafka

**C**arta a su padre: «en ella [la literatura] yo estaba efectivamente alejado de ti, absolutamente solo al otro extremo del camino... En cierto modo me encontraba fuera de tu alcance... Por supuesto, era una ilusión, yo no era libre o no lo era todavía. En mis libros se trataba de ti, no hacía otra cosa que llorar aquello que no podía llorar sobre tu pecho».

Su sueño solitario no tiene más base ni objetivo que el mundo que le es ajeno y no logra anexionar. Desea captar desde su soledad el aprendizaje de la vida, obstinadamente vuelto hacia ella, mirándola rebullir desde su ventana como un paisaje abstruso e inabarcable que le fascina y atemoriza. El mundo le proporciona una serie de datos encontrados que no domina; no puede tampoco hacer desaparecer su amenaza de un plumazo ni siquiera a través de la más desenfadada espiral de evasión interior. Y sin embargo esa espiral le lleva a afirmarse en su soledad. Sus metamorfosis del mundo le alejan de él, pero sigue soñando siempre en dominarlo.

«No es necesario que salgas de tu casa. Permanece a la mesa y escucha. Ni siquiera escuches, espera. Ni siquiera esperes, permanece absolutamente silencioso y solo. El mundo vendrá a ofrecérselo para que lo desenmascares: no puede evitarlo; extasiado se retorcerá ante ti.»

Su heroicidad en aceptar su abandono. Se siente héroe porque no le debe su ser a nadie, y ese esfuerzo con que lo endereza a diario, trabajosamente ante sus propios ojos es por



y por qué y desde cuándo?, me estaba emborrachando, pasando de una verborrea compulsiva al pozo de verme reflejada en los demás y que dijeran: «Ésa lo hace todo mal»).

\* \* \*

Hoy 3 de abril de 1984 he cogido de mis estantes, recién ordenados por Ana B., este cuaderno. Lo he cogido al azar, fijándome tan sólo en que tuviera algunas hojas blancas al final. Andaba con mucha prisa porque tenía miedo de perder el tren para Segovia, que salía de Recoletos a las dos y diez, y de pronto me he acordado de mi vieja y placentera costumbre de apuntar cosas en los viajes.

Este año he hecho muchos, por cosa de las conferencias y homenajes y entrevistas de T. V. A Ávila, a Murcia y Orihuela, a Logroño, a Barcelona, a Salamanca... pero en ninguno he apuntado nada.

No me acordaba de los fragmentos del *Diario* de Kafka que espigué el año pasado y que he venido leyendo. Daban en la diana, en esa zona donde se incuban ahora mis conflictos frente a la escritura, por culpa de la dispersión a que mis nuevos

compromisos me someten. Es pura algarabía del mundo, una actitud que me vacía y me deja inerte. Una celda, como diría santa Teresa en versión M.G., que limpio sólo para las visitas. Se trata sobre todo de una cuestión de fe, de acorde interior. Antes, en cuanto tomaba un tren o un coche de línea, es como si me salieran alas, y todos los pensamientos y recuerdos que surgían dentro de mí al ritmo del tren se enhebraban armoniosamente. Es curioso, porque ahora, si bien se mira, tengo mucho más que enhebrar. Se ha ampliado la tarea infinitamente, desborda mis cestos de costura. Y acabo no tocando nada, dejándolo todo revuelto, aplazado y descosido.

En estas páginas redescubiertas que anteceden, hay también una promesa a mamá. Un amargo deseo ardiente: escribir *Cuenta pendiente* para ella, para contárselo a ella. Precisamente hace dos noches, estando en la cama, volvió a rondarme esta idea de meterme con *Cuenta pendiente*, tal vez en plan diario, donde se fueran comentando y fechando los estratos de cuaderno donde aparecen notas y apuntes sobre este tema. Por ejemplo, pensaba que después del sueño aquel de New York que escribí en casa de Gloria Waldman, podría decir cómo a poco no estoy a tiempo para bajar al coche que me llevó a dormir al hotel Empire donde estaba Ruth (adonde he vuelto el último noviembre para presentar *The back room*), contar un poco en plan onírico lo de casa de Bárbara, la amiga de Ruth, lo de la alfombra que llevaba el hermano de Ruth y aquella sesión medio de magia, y yo de repente saco allí a relucir el sueño que acababa de soñar y fue como un homenaje a la meiga orensana en New York, ya ves tú qué propio. Y por ahí enlazaría lo de que ese día vi claro el libro, y meter los decorados neoyorkinos, y mi situación posterior (Virginia en 1982, presentación de *The back* en 1983, la Golden Gala) y yo siempre ¿me llevas?, como un espectador de esos homenajes que no acabo de creerme que tengan que ver conmigo, el espectador apasionado, miss Mady, ¡y todo esto qué tiene que ver con el premio de hace pocos días entregado a *El cuento de nunca acabar* por *Cambio 16*? Nada. Sólo la aparición de N. allí en la pantalla. Pero nadie lo sabía.

Y anoche: «Pues nos das vestido nuevo / rey celestial / libra de la mala peste / este sayal». Las monjitas cantando, trabajando el huerto, leyendo libros de devoción. Y dijo Marta: «¡Pero lo pasaban muy bien!».

Y voy a ver a Lola y a su niña. Me acuerdo de aquel viaje a Portugal en la furgoneta con ellos (Julio, Amancio, Josefina). Nunca creí que eso se pudiera convertir en pasado. Me apetece mucho, muchísimo, volver a ver a Lola.

6 de abril

Ayer, la presentación de *Guadalhorce*. Y hoy ya primavera descarada. Me pongo de espaldas a ella.

La disciplina de empezar, de arrancar nuevamente con algo que me ilusione y me concentre, huyendo de ese dardo flamígero de la primavera. *La Reina de las Nieves* me aburre un poco. La continúo por lealtad a la idea antigua, por disciplina. Pero me hace guiños *Nubosidad variable*.

Me he puesto a leer a L. Durrell. Dice en *Justine*: «Nuestros actos cotidianos son arpillera que oculta la tela laminada de oro, el significado del diseño. Por medio de arte logramos una feliz transacción con todo lo que nos hiera o vence en la vida cotidiana, no para escapar al destino, sino para cumplirlo en todas sus posibilidades: las imaginarias».

### *Nubosidad variable*

Tenemos que atender siempre al cuerpo, dedicarle muchas pequeñas atenciones y complicados trabajos que interrumpen el día y nos han absorbido, al final de él, más de lo que normalmente solemos confesarnos. Peinarse por ejemplo, cambiarse para salir, buscar un objeto de adorno, en esos tramos de afán inútil dedicados a empaquetar el cuerpo para poder sacarlo embalsamado a pasear bajo las miradas de los demás se incubaba la muerte, se embota el hilo del pensamiento.

¿Dónde está la alegría? ¿En qué consiste? Inicé este rastro una primavera, una tarde en que me negué a salir y me quedé mirando la luz a través de la ventana. ¿Qué sentía al pasar por la tienda del herbolario? Y el asalto de esta pregunta me volvió a rondar sordamente muchas veces. También mirando la T.V. ¿Entro en esa historia que me cuentan en imágenes o no? Y si no, ¿por qué no?, ¿qué tipo de barrera levanto para no sentirme dentro de ese paisaje o de esa habitación?, ¿qué he perdido para no poder identificarme ya en alma y cuerpo con nada?

16 de abril

### *Nubosidad variable*

I

Después de casi dos meses de tiempo inseguro y de chaparrones intempestivos, que según todos los comentarios significaban oro para el campo, estalló finalmente la primavera y la sentí bullendo provocativa y triunfal a través de los cristales de la ventana en cuanto abrí los ojos aquel día. Fue la sombra fugaz de una paloma la que reveló súbitamente, al desaparecer, aquel raudal de luz irresistible que todo lo invadía, con el asalto de su llamada, un tirón anacrónico hacia aventuras ya imposibles, que solamente consiguió hallar eco en la inmediata arritmia de mi respiración, como un aleteo de mariposas agonizantes.

Gerardo ya se había levantado. Sin apartar los ojos de la ventana, estuve un rato oyendo como en sueños el ruido de la ducha, que venía a incrementar mi desazón, colándose por la puerta entreabierta del cuarto de baño.

A principios de invierno nos habíamos gastado un millón de pesetas en reformarlo por todo lo alto, aprovechando el pretexto de que, al fin y al cabo, había que decidirse a levantar todas las cañerías y sustituirlas por otras de cobre para

vez tienen puestos en algún rincón oculto micrófonos o aparatos sofisticados de televisión, para registrar, a través de este deambular mío nocturno por las estancias vacías, la curva de mis humores, con el fin de poder dictaminar luego si su vecina, la profesora española, se está volviendo loca o no. Me gustaría poder contarle esto a Juan Carlos, saldría un cuento bonito. Me acostumbré mucho a hablar con él y ahora lo echo de menos. Yo creo que me he puesto a escribir sólo para contar lo de los psiquiatras.

\* \* \*

El bosque ha dejado de ser un bosque misterioso para convertirse en un campus universitario por el que ya me oriento bastante bien y que recorro en todas direcciones, unas veces a pie y otras en una bici muy elegante y ligera con faro rojo atrás que me ha prestado Olga, la mujer de Andy Bush. La bicicleta, por ahora, la guardo en mi despacho de Chicago Hall, el edificio donde doy las clases. Lo he reconocido al verlo. Hace dos años vine desde Nueva York a dar una conferencia aquí, con motivo de la reciente publicación de *El cuarto de atrás* en versión inglesa. Me había invitado Randolph Pope, el jefe del departamento de español que había entonces, a quien yo conocía de otro congreso en Houston, y habíamos quedado por teléfono en que estaría esperándome en la estación de Poughkeepsie; eran dos horas de viaje.

Yo cogí el tren en Nueva York, me senté junto a una ventanilla, saqué un cuadernito del bolso y me puse a escribir, ya no recuerdo lo que escribiría, posiblemente impresiones de aquellos días en Nueva York, son notas que luego no sirven para nada, pero en el momento parece muy urgente tomarlas, no sé cuántos cuadernos tendré metidos en cajones por Doctor Esquerdo con apuntes garabateados a toda prisa en trenes y autobuses o durante mis viajes por Estados Unidos. De lo que sí me acuerdo es de que iba tan ensimismada escribiendo que no me enteré de que el tren se había parado en una estación desconocida, y decían algo por un altavoz. Cuando

levanté los ojos, estaba sola en el vagón, miré extrañada por la ventanilla «Croton-Harmon» y vi que en aquel momento estaba arrancando otro tren. Para llegar a Poughkeepsie, tenía que haberme bajado allí como todo el mundo, y hacer transbordo en aquel tren; hasta dentro de dos horas no pasaba otro con el mismo destino. Me lo explicó desganadamente un empleado gordo que recorría los vagones vacíos, y al que al principio no le entendía nada. Ni él a mí. Yo le explicaba mi caso, le contaba que me estaba esperando un profesor en la estación de Poughkeepsie y él se encogía de hombros: «Lo han dicho por los altavoces», se limitaba a afirmar. Tenía los ojos saltones y me miraba con cierta sorpresa. Cuando llegó a un superficial entendimiento de mi problema, me sugirió que tomara un taxi y yo le ofrecí una propina si me acompañaba a buscarlo. No me acuerdo nada de aquel pueblo, ni siquiera de cómo se llamaba, sólo de que la parada de taxis no estaba tan cerca y de que el hombre gordo me precedía por caminos en cuesta sin decir una palabra, mientras yo miraba apurada el reloj.

Por fin me encomendó a un taxista negro, el primero de una fila de coches oscuros que estaban parados en la calle bordeada de setos. «This lady is going to Poughkeepsie, she is in a hurry»; el taxista me dijo que me cobraría cincuenta dólares, tenía cincuenta y dos, los dos se los di al empleado que se quedó allí inmóvil, mirándolos. Supongo que le parecería poco, a lo mejor no, aquí es que no sabe uno cómo acertar con las propinas. Así llegué aquella mañana de noviembre, pronto hará dos años, conducida por un taxista corpulento malencarado y totalmente silencioso, a la estación de ferrocarril de Poughkeepsie, un cuarto de hora después del tren que había perdido. Naturalmente, Randolph Pope ya no estaba y yo no tenía ni idea de si la universidad de Vassar quedaba lejos o cerca de aquella estación. El taxista me dijo que no quedaba demasiado cerca y que además Vassar es un espacio enorme donde no resulta tan fácil orientarse porque hay muchos árboles, caminos y edificios; me vino a decir, en fin, y en eso tenía razón, que era un bosque por el que puede uno per-

derse, y que si me iba a servir de guía por el bosque, me tendría que cobrar algo más.

El bosque está rodeado de una tapia baja y la entrada principal tiene un arco custodiado a derecha e izquierda por dos garitas donde montan guardia unos porteros sentados. No tenían ni idea de dónde estaba el departamento de español, necesitaban saber el nombre del edificio, porque aquí todos los edificios llevan nombre, como las personas, resulta tan escandaloso y absurdo preguntar, así sin más, por una clase donde se enseña literatura española como preguntar por un alumno que estudia ruso sin saber su nombre, piensan que estás loco. Así que, claro, tuvimos que dar muchas vueltas y preguntar muchas veces, casi todas sin fruto, hasta dar con Chicago Hall, donde ahora tengo mi despacho y guardo mi bicicleta. Randolph Pope ya no está ahora de *chairman*, lo han trasladado a la universidad de St. Louis, pero entre algunos compañeros del departamento queda memoria aún de aquella llegada mía preguntando por Randolph y pidiéndole cinco dólares a una secretaria, seguida a pocos pasos por un negro de gran estatura que nos miraba con desconfianza. Ya había cundido la noticia de mi desaparición y estaban telefonando a Nueva York para saber qué me había pasado.

El que mejor se acuerda de esta historia y a quien más le divierte es Andy Bush, el profesor de la barbita rubia, y vinimos evocándola hace unos días cuando me trajo en coche desde Nueva York. «¡Qué viaje tan distinto éste!», pensaba yo reclinada cómodamente en mi asiento junto al suyo, mientras miraba desfilar a la derecha e izquierda un paisaje apacible de praderas y árboles, protegida por el cinturón de seguridad, con todos mis papeles en regla y el equipaje indemne.

Había ido a buscarme al East Side, había subido a casa de Juan Carlos, habían cargado el equipaje entre los dos, y yo le vine hablando de Juan Carlos, de la compañía tan maravillosa que me había hecho, de cuando trabajábamos juntos hace años en *Diario 16*, poco después de morir Franco, y nos íbamos de copas con Jubi, Nacho, Miguel Ángel y Carlos Semprún, de

las transformaciones que se han operado de entonces acá en la vida de Madrid, de política, de tertulias, los americanos siempre preguntan por las tertulias, es una palabra que les fascina porque la leen mucho en los libros sobre la generación del 98 y la del 27, les cuesta entender que ahora Madrid se ha vuelto una ciudad más híbrida y revuelta donde ya no abundan las tertulias sosegadas y que hay mucho paro y mucho atraco y mucho travesti y mucho local nuevo con decoración extravagante, y que la gente de letras se disfraza de posmoderna y corre la heroína y los jóvenes pasan de todo y que ya casi nadie se apunta más que al dólar. Pero como ellos van a cursos de extranjeros y oyen cantar a los de la tuna el «Clavelitos» por las calles de Santiago de Compostela y toman tapas de pulpo y pinchos de tortilla, te miran con incredulidad cuando les hablas algo de estas cosas, *Spain is different, anyway, Spain is wonderful*, no les sacas de ahí. Y además es verdad, yo no digo que no sea wonderful, qué más da, está ya uno un poco mareado para opinar tajantemente sobre nada, demasiada saliva se ha gastado en tertulias desde el 98 para acá discutiendo si hay que europeizar España o españolizar Europa, tinta y saliva sin tasa, y total para qué.

Andy Bush acaba de dirigir un curso para extranjeros en Miguel Ángel 8 y algo ha percibido, por comentarios leídos o escuchados, de los últimos traspies del gobierno socialista. Quería saber mi opinión al respecto y yo le contestaba con vaguedades, porque ahora de repente lo veo todo con mucha distancia y creo que una de las cosas que pueden contribuir a apaciguar mi ánimo maltrecho es no comprar *El País* durante algunos meses, olvidarme de Boyer y la Preysler, no tener noticia alguna de cómo se reincorporan los ministros del nuevo gabinete socialista a sus respectivos despachos, después de la tregua del verano, uno que viene de la Costa Brava, otro de Ibiza, otro de Marbella, todas las revistas ilustradas de este verano los traían retratados en fiestas o en barcos de lujo o pescando sardinas, y a sus hijos, y a sus mujeres, modernos, deportivos, en short, pero la procesión irá por dentro, a ver cómo se las arreglan ahora al volver al despacho,

a depositarlas cual peso muerto en la mente. El diálogo con la escritura es siempre un diálogo con nosotros mismos.

Cuando la vida se debilita y la memoria se extingue, los «jardines de las letras» (en los que el presente de la escritura se convirtió en pasado para la propia memoria) llegan hasta esos otros presentes amenazados de olvido. Recordatorios. Porque a pesar de la abundancia de memoria que la vejez comporta, el recipiente puede quedar bloqueado por su misma plenitud. Esa memoria requiere el soplo de la vida que en la vejez se adormila. Las letras entonces se meten a vivir en nuestra casa, vienen a avivar la propia existencia desde la ajena.

Pero lo grave no es el olvido que llega en la vejez, sino el olvido que alcanza a la semilla de la vida en aquel tiempo en que debiera madurar y germinar. No es pérdida de memoria sino imposibilidad de adquirirla y de que el presente se consuma por entero en el instante mismo en que es percibido.

Diálogo: constatación de que el lenguaje no existe sino como posibilidad de compartirlo. El arte dialéctico mueve y hace circular el lenguaje. Mover el lenguaje significa no aceptar pasivamente lo que no se desarticula antes en los múltiples prismas de la subjetividad que interroga. Preguntas que iluminan y fecundan, que ponen lejos las palabras para no aceptarlas en la inmediatez de su instantánea presencia. Se trata de «ver con los ojos de nuestras palabras los conceptos de las ajenas».

La palabra que no es semilla resbala en la mente y no deja otra señal que la de su ciega inmersión en ella. Esto pasa porque la mente no está preparada para recibirla, maleada por el sistemático cultivo de la trivialidad.

Dique. Sin el paso del tiempo, no habría ocasión de construir, con su misma fluyente sustancia, esos pequeños diques que, aunque destinados a la definitiva e insanable inundación, van sosteniendo en sus remansos el eco del tiempo real como historia colectiva y del tiempo ideal como escritura.

Vasija. El logos recoge los ecos de una consistencia interior donde se cobija lo que somos desde los vericuetos de lo que hemos sido.

El lenguaje escrito no se comunica en el instante en que surge (principal diferencia con la oralidad), se proyecta hacia otro. Y las letras adquieren, así, su misteriosa cualidad.

La memoria es sucesión. Nunca puede darnos «todo» ni conservarlo «todo». No podríamos vivir con la carga presente de todo nuestro pasado. La fusión de presentes marca la trayectoria individual. Ser es «ser memoria», hilo que enhebra las cuentas de los sucesos que determinan una vida. Querencia a superar el carácter efímero del propio tiempo.

Dar pie. Pensar no es leer letras y atarse a lo que nos dicen, sino provocar un discurso interior en el que se plasma la continuidad de la conciencia como memoria. Coherencia interior (memoria) que engarza a la discontinuidad de los instantes.

### Mi padre fue notario

Cuando yo nací en Salamanca, a finales de 1925, mi padre ya hacía algunos años que era notario de la ciudad, la primera plaza a que había accedido por oposición. Poco a poco me fui enterando, porque era tema que se deslizaba en conversaciones con las visitas, de que sacar a la primera una notaría de capital de provincia, sin andar rodando antes por pueblos, era bastante infrecuente y cosa de mucho mérito. Pero este pavoneo de lo meritorio jamás se reflejó en los comentarios o gestos de mi padre, a quien, por el contrario, era un tema que le violentaba. Honrado a carta cabal, modesto, flexible, reboante de vitalidad y enamorado, más que de la obra bien hecha, de las complicaciones y vericuetos que plantea el hacerla, nunca pretendió dar ejemplo a nadie con su infatigable laboriosidad ni perdió el tiempo envaneciéndose de lo ya conseguido. Valoraba el esfuerzo más que los resultados y jamás miró con desdén a los fracasados ni a los vencidos.

Procedente por la rama paterna de una familia modesta de Medina de Rioseco y por la materna de gente «bien» de Santander, vivió desde muy niño e hizo la carrera en Madrid, donde su padre, representante de comercio, había alquilado

